

Medellín te LEO: Un jardín de historias | Zona Noroccidental

Los hilos del día



Medellín te LEO:
Un jardín de historias

© Colección Observatorio
de Lectura
© Fondo Editorial Comfenalco

ALCALDÍA DE MEDELLÍN

Federico Gutiérrez Zuluaga
Alcalde de Medellín

Santiago Silva Jaramillo
Secretario de Cultura Ciudadana

Andrés Sarmiento Villamizar
*Subsecretario de Bibliotecas,
Lectura y Patrimonio*

Herman Montoya Gil
*Líder de programa Secretaria
de Cultura Ciudadana*

COMFENALCO ANTIOQUIA

Esteban Gallego Restrepo
Director

Juan Fernando Martínez López
*Gerente de Bienestar Social
e Intelectual*

Miguel Ángel López, Eliana
Montoya, Carolina Zea Fernán-
dez, Felipe Sánchez Hincapié,
Sandra Ladrón de Guevara,
Guillermo González Ríos,
Robinson Zapata Agudelo,
Odila Yepes Gallego, Manuela
Paniagua, Antonia Tamayo
Autores

Anamaría Bedoya Builes
Diana Carolina Giraldo Giraldo
Coordinadoras editoriales

Eliana Castro Gaviria
Juan Camilo Jaramillo
Editores y talleristas

Paula Camila O. Lema
Correctora de estilo

Manuela Correa
Ilustradora y diseñadora

Impreso en Medellín

ISBN 978-958-8990-72-9

Primera edición, diciembre de 2024
Medellín, Colombia
Distribución gratuita

© Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de
Medellín, 2024
© Comfenalco Antioquia, 2024

Derechos reservados
de los autores para textos
e imágenes, 2024

Los hilos del día

Medellín te LEO:
Un jardín de historias
Zona Noroccidental

Una publicación de:

Comfenalco
Antioquia

PCLEO
En Medellín
tenemos la palabra


Alcaldía de Medellín
Oficina de
Ciencia, Tecnología e Innovación

FICHA CATALOGRÁFICA

Los hilos del día: Medellín te LEO: Un jardín de historias
(zona Noroccidental) /

Miguel Ángel López... [et al.]; coordinación editorial
Anamaría Bedoya Builes, Diana Carolina Giraldo G.

-- Medellín: Alcaldía, 2024

128 p.; il. -- (Observatorio de Lectura)

ISBN 978-958-8990-72-9

1. Promoción de lectura -- Medellín (Antioquia, Colombia) 2. Bibliotecas y comunidad - Relatos 3. Relatos antioqueños I. López, Miguel Ángel. II. III. Bedoya Builes, Anamaría IV. Giraldo Giraldo, Diana Carolina. V.Título

Dewey 028.9 H655

*Varias horas me duró el desánimo
¡Uy!,
me sentí vencido. Fuera del combate.*

*Luego como que fui tomando fuerzas
armado hasta los dientes de ánimo nuevo
y volví a la mía,
moviendo los hilos del día en los hilos de la
noche
con el destino chispo
al frente riendo como con ironía,
y yo tranquilo
con entre mis garras mi mente
y...*

*un misterioso aire de joven
desde el otro lado del canto,
¿entendés?, desde el canto al otro lado.*

Helí Ramírez

Prólogo

Narrar la zona Noroccidental a partir de experiencias lectoras que hilan las memorias de la primera biblioteca visitada, el primer libro leído o la primera persona que contagió el amor por la lectura —el librero, el maestro o el bibliotecario— es reconocer las muchas puntadas que unen el tejido de nuestros territorios.

Este libro reúne historias cotidianas gestadas en el corazón de las vivencias barriales ochenteras, noventeras y actuales, escritas por autores y autoras que crecieron en esos lugares y desnudaron sus recuerdos para contarle a la ciudad cómo la lectura y la escritura animaron en ellos y ellas mentalidades creativas y espíritus generosos en palabras y en humanidad.

Los diez relatos acá compilados son una colección de personajes, de dolores y tristezas, y también de espacios que fueron refugio, dieron esperanza y amplificaron la mirada literaria, poética y teatral de muchas personas, como el Tren de Papel y la Biblioteca Pública Comfenalco Castilla. Se trata de relatos que rescatan y rememoran las fuentes de inspiración social y la memoria colectiva de las comunidades de Castilla, Doce de Octubre y Robledo. También nos permiten reconocer la labor constante de las organizaciones públicas, privadas y comunitarias que se esfuerzan por fomentar la lectura, la escritura y la oralidad.

Esta publicación es fruto del programa Medellín te LEO: Un jardín de historias, que recorre la ciudad en busca de narraciones contadas por sus pobladores para descubrir cómo se viven las experiencias de LEO en la cotidianidad. También fue posible gracias a las pócmas de sensibilidad,

confianza y libertad creativa ofrecidas por Camilo Jaramillo y Eliana Castro, editores de Arbitraria Editorial, quienes orientaron el taller de escritura creativa en el que los autores y autoras de este libro cincelaron sus historias.

Desde el Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad de Medellín y Comfenalco Antioquia esperamos que este libro despierte y conecte las memorias lectoras barriales y contribuya a la cartografía de la historia de LEO de la ciudad.

DIANA CAROLINA GIRALDO GIRALDO

Crónica de una vida salvada

Miguel Ángel López

Cuando llegué del colegio vi el regalo encima de la mesa del comedor. La forma delataba el contenido. Debía ser un libro. Noté que llevaba una de esas tarjetas que venden en las tiendas de sentimientos. Decía: “De: mamá. Para: Miguel”. Lo destapé con urgencia y lo olí con pasión. Era *La hojarasca*, la novela de Gabriel García Márquez.

Para entonces, a mis quince años, yo ya estaba picado por la lectura. Con *La hojarasca* en las manos, las tareas y otras actividades extracurriculares pasaron a un segundo plano. Estuve una semana sumergido en la historia de las bananeras, y me enteré de la estela de sangre que dejó su explotación

en la costa Atlántica. Unos días después llegó *El coronel no tiene quien le escriba*, un ejemplar que se había colado en la maleta de un primo al que habían echado de la casa. El libro se había mezclado entre las revistas de *Kalimán*, *Arandú* y *Memín*; cuando mi primo lo descubrió, lo alejó del bulto como si portara un virus mortal.

—¿Me lo regala? —le dije apenas pude ver el nombre del autor.

Mi primo miró el librito maltrecho buscando algo de valor que no hubiera visto, y, con un ademán de extrañeza, me lo entregó. El ejemplar tenía serios problemas estructurales en la portada, estaba marcado con el nombre de otro primo y casi todas las páginas tenían rayones de lapicero y marcador. Aun así, la primera frase me obligó a leer el texto de un solo tirón. No pude evitar sentir las mismas ganas de café del pobre protagonista, y reconocí la presencia del gallo en mi propia sala.

Atrapado en las historias de ese hombre del Caribe que recibía premios en televisión, me vi en la imperiosa necesidad de leer cuanto encontrara de él. Experimentaba una sensación que hoy asocio con el síndrome de abstinencia. Seguro como estaba de que mi mamá no había terminado de pagar el primer libro, no me quedaba más remedio que ir a la biblioteca en búsqueda de ayuda y someterme al escarnio público.

La biblioteca quedaba en Comfama de Pedregal, que por aquella época era el Parque de las Aguas de toda la zona Noroccidental, y, en definitiva, era para lo único que servía. El plan de los domingos era ir con mis amigos cuando teníamos plata para pagar una hora de piscina, y después jugábamos fútbol toda la tarde. Sabíamos que por allá, a lo lejos, en una zona inexplorada y ajena al bullicio, estaba la biblioteca. Nunca habíamos tenido la oportunidad ni el interés de visitarla; nos daba más miedo que curiosidad.

La estructura era abstracta y misteriosa, como las de esas mansiones embrujadas a las que nadie en sus cinco sentidos quiere ir. Pero yo necesitaba leer más libros de ese sujeto proveniente de un pueblo ubicado a varios kilómetros del olvido, que había podido dominar a su arbitrio la prosa como Melquíades dominaba los metales; de ese hombre que había imaginado el más verdadero de los pueblos. No lo dudé más, y un domingo me atreví a proponerles a mis amigos una visita a aquella edificación desconocida, arriesgándome a lo que ya sabía: un castigo brutal. No hubo piedad. Uno de ellos metió mi cabeza dentro de su camiseta y los otros dos me golpearon con determinación.

Al finalizar la golpiza, Diego dijo:

—Muy contento estudiando o qué, Maradona. ¿Toda la semana en el colegio para venir a encerrarse el domingo en una biblioteca?

Tal era la aversión que le teníamos a la biblioteca, que cuando alguno la embarraba o

se echaba un mal chiste, lo amenazábamos con exiliarlo al Reino de la Aburrición, como la llamábamos. Ese domingo me resigné a jugar fútbol, aunque por primera vez en mi corta vida había algo que me llamaba más la atención que meter goles.

Empecé a armar un plan para el domingo siguiente. Para ese día teníamos prevista una subida a El Picacho a comer moras y nísperos. Ya habíamos hecho algunas excursiones, cuando no podíamos pagar la hora de piscina, y sabíamos que el camino del cerro estaba lleno de peligros. Primero debíamos sortear el barrio Picachito y evitar a los combos, que se sentían incómodos con la presencia de extraños. Hasta ese momento, en unas cinco expediciones, habíamos tenido la suerte de no encontrarnos con ellos, pero sabíamos de muchas historias con finales trágicos: conocidos del barrio que habían perdido la vida o, en el mejor de los casos, habían sido sometidos

a torturas inhumanas para que sirvieran de ejemplo a futuros expedicionarios. Sabíamos de un vecino del sector al que le habían amputado los dedos de la mano derecha y de otro al que le habían cortado una oreja.

Otro peligro estaba en la base del cerro, donde los abusadores no perdían oportunidad de satisfacer sus instintos de animal salvaje con algún caminante desprevenido y solitario. Por eso doña Blanca, mi madre, cuando intuía que teníamos planes de escaparnos, nos dejaba una nota en la nevera que decía: “Pal Picacho no se me van”. Yo trataba de cumplir sus órdenes, pero encontraba también cierto placer en el quebrantamiento de las normas.

En varias ocasiones no pude negarme a las insistentes invitaciones de mis amigos, y ninguna de esas escapadas quedó en secreto, y mucho menos en la impunidad. Alguna pista se tenía que colar y, por supuesto, doña Blanca, que tenía una desarrollada

intuición de madre soltera, empezaba el interrogatorio mirando fijamente las pupilas, y proseguía con un análisis profundo de camisas y pantalones, donde encontraba vestigios de olores prohibidos, tunas y cadillos que le permitían estructurar una hipótesis acertada. Aún tengo marcas de aquellas reprimendas que, contrario a lo que podría esperarse, recuerdo con amor.

Ese 15 de marzo de 1991 mi madre salió a trabajar a eso de las ocho de la mañana. La subida al cerro estaba pactada para las nueve. Doña Blanca, que además de investigadora era adivina, había despertado juagada en sudor y con una premonición en la punta de la lengua. Se levantó a tomarse los tragos y cuando pasó por mi pieza me lanzó la advertencia.

—Yo sé que ustedes van hoy para El Picacho. Si me llego a enterar de que fueron, y usted sabe que siempre me entero, va a tener un problema grande conmigo.

Decidí hablar con la verdad. Le confesé que, en efecto, habíamos planeado una salida, pero que yo no tenía la más mínima intención de ir. Le dije que gracias al libro que me había regalado estaba bajo los efectos de una adicción que me carcomía el alma, y que el remedio estaba en la biblioteca. Al escuchar esto, su rostro de preocupación se fue convirtiendo en uno de confianza y esperanza.

—¿A la biblioteca sí puedo ir, mamá?

—Se puede ir a vivir allá si quiere.

Superado el primer obstáculo, lo que seguía era esconderme de mis amigos. El asedio empezó desde faltando un cuarto para las nueve y se prolongó durante una hora. Cuando se les agotó la paciencia, emprendieron la caminata hacia la montaña en medio de insultos. Diego, el más decepcionado con mi desplante, no paraba de gritar por toda la cuadra.

—Prepárese para la pela, loca miedosa.

Carlos completó el insulto con un dicho más refinado que había aprendido de un amigo de su padre.

—Pato el que al volar se caga.

Cuando doblaron la esquina, agarré a mi hermano menor y, con la cautela de un soldado que busca salir del campo de batalla, me fui escurriendo por entre los muros de mi casa y la de al lado, mirando hacia ambos extremos de la cuadra, anticipándome a una redada. Mi corazonada resultó cierta. Alcancé a ver a Carlos asomándose desde la esquina más lejana, la que llevaba al camino hacia El Picacho. Volví a entrar a la casa porque era imposible sortear el paso hasta la otra cuadra, donde podría perderlos con facilidad. Busqué unos binoculares que me habían regalado en la primera comunión y monté guardia al menos otra media hora, hasta que concluí que se habían marchado. Tomé de nuevo a mi hermano y le di instrucciones de seguirme de cerca haciendo

los mismos movimientos que yo. Pudimos sobrepasar los veinte metros en los que quedábamos expuestos antes de doblar la esquina opuesta, y después caminamos a buen paso hacia la biblioteca.

Tenía un afán que no había sentido nunca, como si tuviera que cumplir una cita de vida o muerte. Cuando llegué a la puerta de la biblioteca, sentí como si fuera a ingresar a un templo sagrado. Aspiré con fervor el olor de los libros mezclado con el de la cera que la encargada del aseo utilizaba para trapear las baldosas rojas. Nunca había visto tantos libros juntos, pero entendí rápidamente su distribución temática. Empecé a dar vueltas como un cangrejo por todo el salón, deteniéndome cada que veía un lomo atractivo o el nombre de Gabriel García Márquez. Encontré en las estanterías dos ejemplares: *Crónica de una muerte anunciada* y *El otoño del patriarca*, y recogí otro que un usuario

acababa de soltar: *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile*. Era suficiente por el momento.

Me dirigí donde la bibliotecaria y descargué los tres libros sobre su escritorio.

—¿Está registrado? —preguntó la mujer con solemnidad notarial.

—No señora.

Sacó un formato y me pidió diligenciarlo. Lo revisó con protocolo militar mientras escribía una señal de visto bueno en cada una de mis respuestas.

Una vez terminó la revisión, guardó un incómodo silencio. Yo no sabía qué actitud asumir ni adónde mirar. La espera se me hizo eterna, y terminé por concluir que no calificaba para el préstamo.

—¿Pasa algo?

La mujer volvió a darle un repaso al documento.

—Puede llevar uno —me dijo con un gesto de tristeza—. Es por ser la primera

vez. Necesitamos ver el compromiso con las devoluciones.

Miré los tres libros y no supe cuál elegir. Me vi obligado a pedirle a la mujer que escogiera. Ella, sin mirarlos, puso el dedo índice en el más próximo, *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile*. De inmediato intervine y puse en su mano *El otoño del patriarca*.

—Mejor este —dije.

La mujer frunció el ceño, tal vez pensando que quería fastidiarla.

—Me disculpa, es que cambié de opinión.

Asintió, soltó una risa postiza de azafata y fijó su vista en un folleto publicitario. Me quedé mirando los dos títulos que habían quedado en el escritorio como a hijos de los cuales me tuviera que despedir para siempre.

La mujer interrumpió la lectura del folleto y me miró por encima de los anteojos. Cuando me vio contemplando los libros,

sintió compasión y buscó en su mente unas palabras de alivio.

—Puede leerlos allá —dijo señalando la sala de lectura—. *El otoño del patriarca se lo guardo aquí*. Me lo reclama cuando se vaya a ir.

Tomé los dos libros y me dejé caer en una cómoda silla, no sin antes expulsar a mi hermano a la sala infantil. Abrí *Crónica de una muerte anunciada* y desde la primera frase me enganché con la historia. Juro que mientras estuve leyendo, anduve detrás de Santiago Nasar, tratando de hacerlo entrar en razón para que se fuera lejos, para que escapara de su destino. El tiempo se fue volando y mi hermano pagó los platos rotos de la lectura: tuvo que pasar ese domingo aguantando hambre y encerrado en una biblioteca. Cerré el libro a las cuatro de la tarde, después de la trágica muerte de Santiago. Reclamé *El otoño del patriarca* y emprendimos el camino de regreso.

A la salida de la biblioteca, a unos cien metros, vi una algarabía inusual. Los vecinos corrían de un lugar a otro, lloraban, se abrazaban y gritaban. Algo malo había ocurrido. Cuando me acerqué, pude notar que las madres de dos de mis amigos gritaban desconsoladas. Doña Marta, la mamá de Diego, corrió hacia mí; su rostro de desastre se había convertido en uno de esperanza.

—¡Dígame que están bien! —me gritaba mientras descartaba la existencia de lesiones en mi cuerpo, zarandeándome como a un muñeco de trapo.

No sabía qué decirle. Mi respuesta confirmaría su desgracia.

—No sé, doña Marta, yo no estaba con ellos.

Ella me miró como si le estuviera mintiendo.

—¿Cómo que no?

Guardó silencio mientras acomodaba sus pensamientos.

—No puede ser, yo dejé subir a Diego porque iba con usted.

—Yo estaba en la biblioteca —dije.

Los comentarios que circulaban entre curiosos tenían que ver con mis amigos: les habían disparado bajando de El Picacho. De acuerdo con lo narrado por un testigo de oídas, todo ocurrió a las cuatro de la tarde. A la misma hora en la que yo estaba terminado la lectura con la trágica muerte de Santiago Nasar. Jorge murió en el lugar de los hechos, Diego camino al hospital. Milagrosamente, Carlos, que fue el que más disparos recibió, sobrevivió al ataque, pero las heridas le dejaron secuelas para el resto de su vida. Los disparos comprometieron su lucidez y su motricidad fina, y con frecuencia sufría de ataques epilépticos que fueron desmejorando su capacidad mental y le hicieron perder coordinación al caminar y agarrar objetos. Más de una vez fue internado en el hospital mental a causa de los

daños provocados por los dos plomos que ingresaron en su cabeza. Murió veinte años después en un accidente motociclístico.

Ese día yo seguí mi camino seguro de algo: *Crónica de una muerte anunciada* había significado para mí la crónica de una vida salvada.

Miguel Ángel López (Medellín, 1977). Abogado, residente en el barrio Doce de Octubre. El día en que un ejemplar de *El coronel no tiene quien le escriba* cayó en sus manos, tuvo que leerlo de un solo tirón. Le gustó tanto que desde entonces no ha parado de devorar cualquier cosa del nobel de Aracataca.

El mágico viaje por un tren de papel

Eliana Montoya

Lo recuerdo bien, allá en Florencia, en una cuadra ancha y pendiente al lado de la iglesia. Eran dos vagones del Ferrocarril de Antioquia hechos con madera y metal. Llamaban la atención porque no es habitual encontrar un tren lleno de libros en un barrio. Era un tren biblioteca embellecido por un patio lleno de rosas rojas y un árbol de almendro que daba sombra en los días soleados y en el que anidaban hermosos pájaros que deleitaban con su canto.

A los nueve años comencé a visitar ese lugar, aprovechando que quedaba a dos cuadras de mi casa y por eso me dejaban

ir sola. Como mi jornada escolar era en la mañana, casi siempre iba en las tardes con el pretexto de hacer tareas. Recuerdo los dos vagones. Uno era verde y amarillo, con las sillas y mesas originales al lado de las ventanas. Lo llamaban el salón de lectura y estudio, y estar sentada allí era como viajar, pero a través de los libros que con sus historias y personajes hacían volar mi imaginación. El otro vagón, que era rojo y amarillo, tenía estanterías llenas de libros académicos y de literatura, historietas, diccionarios, atlas... Ahí, siempre inquieto, se mantenía Mario, el bibliotecario, un tipo que siempre te recomendaba textos y te ayudaba a buscar lo que necesitabas. Mario era de baja estatura, tenía la piel blanca y usaba lentes. Yo lo veía como un ratoncito de biblioteca, de un lado para otro, organizando, buscando, atendiendo a quienes llegábamos.

Algunos domingos, después de salir de la misa de las once, me pasaba por la

biblioteca y me encontraba con unas señoras que leían cuentos y fábulas a los niños que frecuentábamos el lugar. Mis preferidas eran las de Rafael Pombo: *La pobre viejecita* que no tenía nada que comer, y las que tenían protagonistas animales: *El renacuajo paseador* y *Mirringa mirronga* “la gata candonga”. Mientras leían las historias, nos mostraban imágenes grandes y coloridas. Después de leer, Mario nos daba hojas, colores y crayones para que dibujáramos. A medida que íbamos creciendo, nos íbamos incorporando a otras actividades en torno a la lectura, el cine, los talleres de pintura y guitarra. En diciembre incluso hacíamos la novena allí, y compartíamos natilla y buñuelos mientras nos leían cuentos e historias navideñas.

El tiempo pasaba. Yo ya estaba en bachillerato y seguía visitando la biblioteca. Eran momentos difíciles: algunos grupos que querían controlar el barrio habían puesto

barreras invisibles que nos impedían transitar libremente por las que antes habían sido nuestras calles. La biblioteca se volvió mi refugio para escapar un poco de esa realidad. Seguía con mi rutina de hacer las tareas con rapidez para dedicar el resto del tiempo a leer. Saltaba del vagón verde al rojo para preguntarle a Mario con ilusión:

—Hola, don Mario, ¿qué vamos a querer leer hoy?

En el colegio empezamos a leer la *Odissea* y la *Ilíada* y yo me fui enamorando de los libros de viajes y personajes mitológicos. Recorría las estanterías de un vagón y otro buscando aventuras. Entonces Mario me mostró unas obras de Julio Verne que hablaban de viajes al centro de la tierra, de vueltas al mundo, de islas misteriosas. Después me empezaron a gustar las historias de los autores colombianos: García Márquez, con *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*, *Ojos*

de perro azul y *Tu rastro de sangre en la nieve*; Marvel Moreno, que contaba historias donde las mujeres eran las protagonistas y también hablaba del Caribe; y José Eustasio Rivera, con *La vorágine*, que viajaba por la selva amazónica colombiana.

Adoraba sentir los libros en mis manos, pasar sus hojas, descubrir palabras y personajes, e inventar historias con los dibujos que encontraba en ellos. Ya podía llevar algunos prestados a mi casa, pues tenía el carné que me acreditaba como usuaria y viajera. Estoy segura de que mi amor por los libros empezó en ese tren de papel que llegó al barrio y se quedó por muchos años en esa cuadra ancha y pendiente, allí donde el árbol de almendro creció y recibió a otras aves que alegraban la tarde con su canto, y donde el jardín cambiaba de colores según la época del año.

Durante mi bachillerato frecuenté tanto este lugar que salté de un género literario a

otro, y llegué a la dulce estación de la poesía. Entre versos y rimas me seguí enamorando de la lectura. De León de Greiff con su “juego mi vida, cambio mi vida, de todos modos la llevo perdida”; de Ángela Botero y Mario Benedetti con sus poemas de amor; de Porfirio Barba Jacob y sus reflexiones sobre la vida. Y llegaron a mi vida viajeros de lugares más lejanos, como Walt Whitman y Emily Dickinson, que fueron llenando mis días y libretas de versos que vivía relejendo, recitando y hasta dedicando.

Yo era feliz solo con ver los vagones, con ver a otras personas habitar ese lugar. Me hice madre y mi hija tuvo la fortuna de conocer esa biblioteca en forma de tren, de vivir su magia, de viajar por sus salones, de tener allí clases de guitarra y poesía. Hasta que un día, después de estar en el barrio por más de cuarenta años, ese hermoso tren cerró sus puertas. Los intereses de algunos hicieron que ese ícono

de la comuna, ese referente cultural que transformó vidas, partiera y dejara un espacio vacío y triste en la cuadra y en el corazón, parecido a una de esas estaciones desoladas de las películas. La comunidad protestó y la noticia salió en *El Colombiano*, pero no hubo nada que hacer: como los vagones estaban en predios de la parroquia San Agustín y el aporte que hacía la Biblioteca Pública Piloto para sostener la biblioteca no era suficiente, la iglesia decidió clausurarla. Nunca más volví a ver a Mario. Y la Piloto se llevó los libros para un salón del coliseo del Inder que queda al lado de la iglesia.

Con los años mi vida tomó otro rumbo, asumí otros retos y responsabilidades, pero los libros y la lectura me han acompañado en el camino. No he dejado de frecuentar otras bibliotecas, que siempre me recuerdan ese mágico viaje por un tren de papel.

Siempre es triste el final

Carolina Zea Fernández

Ahí estaban, asomados entre los árboles, uno verde y otro rojo. Verlos me traía el recuerdo de los días en Cisneros, cuando visitábamos a la abuela Oliva. Recorríamos el tramo del ferrocarril en una especie de motocarro que rodaba sobre los rieles. Como el tren ya no existía, jugábamos a imaginarlo cuando escuchábamos las historias de otros. La abuela me contaba que el tren pasaba tan rápido que las personas apenas alcanzaban a sacar el pañuelo o la mano para saludar, y me confesaba entre carcajadas que ella y su hermana lanzaban piedras y bolsitas llenas de orín, apuntando con precisión a las ventanas. A más de uno

Eliana Montoya (Envigado, 1975). Licenciada en Educación física, guía profesional de turismo, caminante y lectora. Ha publicado en la revista *Vanguardia femenina*. Ver el programa *Camino al barrio* la motivó a narrar historias sobre las cosas que veía en su entorno.

le tumbaron el sombrero o le empaparon el traje dominguero. Ese fue el tren que nunca conocí, el mismo al que se arrojaría el tío borracho y escritor. Mi tío Leonel.

Ahí estaban. Dos vagones de tren, inmensos. Uno rojo y otro verde. No en Cisneros, sino cerca de mi casa, en Florencia. Me provocaban vértigo, curiosidad. No entendía cómo habían llegado hasta el barrio, pero gozaba al imaginarlos recorriendo veloces el camino entre montañas hasta Medellín. Mi inquietud se acrecentó cuando me dijeron que eran una biblioteca. Que en vez de sillas y pasamanos, tenían estantes con libros. No me atrevía a entrar porque me invadían el miedo y el recelo hacia los libros que enloquecían a tíos escritores que luego iban a arrojar a esos trenes en medio de su desvarío.

Los vecinos parecían no temerles. Como la estación estaba a solo dos cuadras de mi casa, podía ver a los niños y a sus mamás

acercarse decididos a los vagones, entrar y salir con rostros maravillados, asomarse sonrientes por las ventanas. El ánimo de todos me hacía pensar que tal vez ese tren biblioteca en realidad era inofensivo, y, en un arrebato de valentía, y en contra de las mil advertencias de la abuela sobre trenes y libros, me decidí a entrar.

Pasé allí muchas tardes después del colegio. Mi cabeza pequeñita, de cabellos trenzados, descubrió la fascinación que provocan los libros. Leía todo lo que se me atravesaba, degustando la dulzura de sorprenderme ante cualquier texto. Los que más me gustaban eran los libros ilustrados de ciencias, con sus extraordinarias imágenes de animales en selvas remotas a las que me imaginaba yendo en aquel tren.

Algunas tardes, el padre de la iglesia hablaba con la gente que trabajaba en la biblioteca. Más de una vez vi rostros duros y serios y manos moviéndose airadamente.

Las discusiones eran largas y acaloradas. Un día cualquiera mi mamá me dijo que cerrarían los vagones llenos de libros porque el predio en el que estaba la biblioteca pertenecía a la parroquia y el padre lo estaba reclamando. Pero yo no sabía qué era un predio ni qué significaba que algo fuera privado, ni por qué el padre, que era tan amable en la misa, quería desterrar aquellos vagones en los que tanto nos divertíamos.

Una tarde en la que llegué corriendo al tren-biblioteca para seguir con la lectura de un libro sobre el Amazonas que me tenía encantada, detuve mi carrera ante su inesperada ausencia. Los vagones verde y rojo ya no se asomaban entre los árboles. Sin itinerario que lo anunciara, el tren se marchó, no sé a qué paraje, y los libros fueron acomodados en un sótano. Mi mamá solo supo decirme que eran cosas de los hombres y de su incapacidad para ponerse de acuerdo.

La época del colegio llegó con el ruido de los motores de las *dt*, el reguetón a todo taco, el bullicio trasnochado de las fiestas caseras y las carcajadas aturdidoras de Las Cachorras. Éramos diez, todas del grado octavo. Nos reuníamos en el patio del colegio a masticar chicle, a peinarnos y a mirar por encima del hombro a todo el mundo. Los sábados los pasábamos desfilando por los bailoteos o dando vueltas por el barrio con los pelaos de las motos. Mi papel en Las Cachorras era el de fingir ser altanera y fiestera para encajar entre ellas y, por extensión, en el barrio y el mundo.

Tener cierta inclinación por la lectura no cabía ahí. De saberlo, Las Cachorras me habrían expulsado de su manada y condenado a mirarme con desprecio cada vez que pasara frente a ellas durante el descanso. Sin embargo, ya era muy tarde para renunciar a mi gusto por los libros.

Me la pasaba huyendo, escondiéndome, buscando rincones en el colegio para leer tranquilamente y sin el temor de que alguna cachorra me pillara con un libro.

Tratando de alejarme de los dominios de la manada, deambulé por casi todos los parques, los salones comunitarios y las casas de la cultura de la Noroccidental. Pero la dicha no duró mucho. Tuve que desistir de mis travesías después de que dos pelados se me acercaran mientras caminaba por un barrio vecino a decirme que yo no podía estar por ahí, y de que me atracaran una noche en la que me quedé estudiando hasta tarde en alguna casa de la cultura, cuando me salvé de que me robaran una edición de *El Quijote* que había heredado —a escondidas— del tío Leonel porque los atracadores, gracias a su practicidad o a algún dios que nos cuida a los lectores, solo se fijaron en la billetera.

Pero el susto no impidió que siguiera buscando lugares dónde leer. Mi casa, en

la que vivíamos once personas, nunca fue una opción, por el ruido y por el recelo que había instaurado la locura de mi tío. En una conversación casual, el profesor de español me contó que existía una biblioteca medio perdida pero silenciosa en el otro colegio del barrio. El problema era cómo entrar allá. Planeé varios escenarios, pensé en buscarme un uniforme para encubrirme, en treparme por la reja de atrás y en rogarle a alguna de las señoras del aseo para que me dejara entrar detrás de ella con la excusa de una sobrina desocupada. Al final la salida fue más fácil: me acerqué una tarde con el pretexto de que necesitaba un certificado de estudio de un hermanito que no tengo y lo gré embobar al celador.

Ahí estaba. Donde me dijeron que estaría. En un rinconcito del colegio, apartada de los salones y del patio principal, rodeada de rastros y con una fachada descascarada y curtida que contrastaba con el resto del

colegio, bien pintadito y barrido. Pero por dentro era otra cosa. Agrandada por su soledad y por el tamaño considerable de sus estanterías, lucía imponente y profunda. Las filas de libros se alargaban por varios pasillos oscuros. Tenía unas ventanas altas, llenas de polvo, por las que entraba una luz que daba un efecto lúgubre. Me gustaba caminar entre sus estanterías por el mero placer de sentirme inundada por el mar de libros. Respiraba todo ese silencio, feliz de saber que allí nunca, ni de casualidad, llegaría una cachorra. No me acuerdo del nombre del señor que estaba encargado de toda esa soledad; solo lo recuerdo sonriente cuando cualquiera llegaba a su guarida.

El único problema era mi condición de viajera sin pasaporte. Una cachorra, matriculada en el otro colegio del barrio, que había llegado de manera irregular. Pese a eso, el hombre no me pidió ningún documento, y mucho menos una explicación. Todo lo

contrario. En la parte de atrás de la biblioteca había una entrada abandonada. El señor se consiguió las llaves del candado que aseguraba una gran cadena oxidada, y apenas me veía llegar a través de la ventana de su escritorio, le daba una vuelta a la biblioteca y a los corredores cercanos y, tras cerciorarse de que no había nadie, me abría la reja. Repetimos este ritual por casi seis meses, a la par que seguía en mi rutina con Las Cachorras, con las que me encontraba en un parque luego de cerrar los libros y echarme labial rojo en el espejo del baño.

El señor y yo conversábamos y leíamos. Recuerdo mi conmoción, quizás alentada por aquella atmósfera sombría, al descubrir a Dostoyevski, a Chéjov, a Leskov y a los demás rusos. Aunque era muy serio y casi nunca hablaba de sí mismo, el señor dejaba entrever unos rayos de emoción cuando comentaba nuestras lecturas, y yo me sentía aliviada de poder sosegar un poco el

bullicio de aquel otro mundo con la certeza de haber encontrado un nuevo lugar en el que podía ser genuinamente feliz.

Cerraron la biblioteca cuando comenzaron a remodelar el colegio. Mientras tanto, yo atendía mi agitada vida de cachorra. Esperé varias semanas a que abrieran de nuevo mi lugar secreto. Pero no sucedió. Nunca hubo un nuevo recinto, ni siquiera uno pequeñito y arrinconado, para un señor náufago y una cachorra desamparada.

El deber y el afán por desembarazarme del servicio social me llevaron a una biblioteca pequeñita y moribunda por los lados de Castilla. Tenía que pagarle esas horas al gobierno por una beca parcial con la que estudié mi carrera universitaria. Cuando crucé la puerta con mis formatos bajo el brazo, la señora que atendía se levantó de

su rincón, emocionada, sonriéndome con esa amabilidad excesiva que a menudo expresan quienes atienden lugares a los que nadie va. Di una mirada rápida al espacio, con sus sillas destartaladas y su única estantería de libros. La mujer estrechó fuertemente mis manos. Me dijo que se llamaba Milena y que le alegraba que yo debiera tantas horas de servicio social porque con mi ayuda podríamos emprender muchas labores pendientes.

Con guantes y tapabocas, y en medio de un polvo, nos dedicamos durante varios días a organizar y marcar los libros. Milena, en un movimiento arriesgado, siempre anotaba en la planilla el doble de horas. A lo mejor quería darme razones para quedarme. Mientras limpiábamos y reparábamos lo que podíamos, las estanterías crujían y las hojas de los libros se desprendían. Moviéndome por la lástima ante el estado lamentable de la biblioteca y por la persistencia de

aquella mujer, me descubrí con el ánimo de hacer algo por levantar ese lugar. Nos presentamos a una de esas convocatorias de presupuesto para bibliotecas populares, y aunque nos dieron una chichigua, conseguimos un computador parecido a un televisor antiguo, pinturas y materiales. Luego, usando como anzuelo la generosidad de la señora para dar horas, comencé a pescar amigos y conocidos ávidos de llenar sus formatos de servicio social.

Lo que más me movía era el deseo sincero, aunque aporreado, de tener una biblioteca en el barrio. Las experiencias pasadas me habían convencido de que era imposible hallar un lugar tranquilo para leer en esas calles. Lo había aprendido a punta de despojos. Las únicas que había, el tren-biblioteca y la de aquel colegio, me habían sido arrebatadas. Tenía que conformarme con bibliotecas ajenas. Las de la universidad o las de otros barrios de la ciudad, amplias

y bonitas. Pero pensar que aquí existía algo que podíamos convertir en esa biblioteca soñada animó mis esperanzas.

No sé cómo cabíamos, pero allí estábamos. Con los nuevos ayudantes llegaron más lectores y materiales. Gracias a una amiga, y a una sospechosa muestra de amor y filantropía de uno de sus pretendientes con plata, obtuvimos una generosa donación de libros, sillas y mesas. Y como todos habíamos aprendido algo en la universidad, comenzamos a proponer talleres relacionados con nuestros balbuceantes saberes. Felizmente, nos fuimos estrechando más. Con usuarios y libros, eventos y talleres, ahora sí parecía una biblioteca. Y aunque todavía sentía algo de miedo y desconfianza, me permití creer.

Un día hasta me jugué la posibilidad de desempolvar otro sueño: formar un club de lectura. Lo propuse y llegaron cuatro personas. A la siguiente sesión solo llegaron tres.

Pero los tres se quedaron. Éramos, pues, un señor desempleado, un electricista, una adolescente medio punkera y yo, una cachorra retirada. Formábamos un cuarteto dispar pero gozoso y ávido. Pasábamos las tardes de los sábados horrorizándonos con Poe y conmoviéndonos con *El Principito*, deslumbrándonos con Helí Ramírez y los nadaístas, y dándonos totazos existenciales con Camus y Kafka.

Cuando creía que nada podría quitarme esa dicha ni ese lugar construido a las buenas y a las malas, la Junta Administradora Local llegó a reclamar su lugar. Nos dieron las gracias por la remodelación y el esfuerzo. “Se nota el empeño, pero ninguno de ustedes está debidamente formado en el manejo de bibliotecas”, nos dijeron. Y así, sin carta de despido, nos despacharon, con nuestros formatos de horas, rebosados hacía meses, bajo el brazo, y los corazones hechos un gajo podrido de esperanzas.

Sabíamos que no era justo y nos habíamos encariñado con el lugar. Decidimos dar la pelea. Buscamos asesoría, hablamos con las personas de la JAL, propusimos proyectos, un trabajo conjunto, formarnos en gestión cultural y manejo de bibliotecas, e incluso ceder muchas funciones. Pero aquello no era negociable. Ya tenían nombrado a un nuevo director, debidamente capacitado, que no nos quería ahí.

Durante mucho tiempo evité pasar por esa biblioteca. Ver aquel lugar, con los muñequitos que habíamos hecho en un taller de origami todavía colgados en el corredor que daba a la calle, me estrujaba el corazón. Hace unos días, sin pretenderlo, volví a pasar por ahí. Habían quitado los muñequitos y el letrero de bienvenida. La ventana lucía un cartel amarillo de “Se arrienda”.

Luz en el silencio

Felipe Sánchez Hincapié

*A Liliam Londoño, Arley Orozco
y Yamili Ocampo: gracias por abrirme
las puertas de la biblioteca Fundación
Familia La Esperanza y dejarme ser.*

Nunca había visto a un ciego, hasta ese día. Era alto, delgado, rubio, y tenía barba, no espesa, sino fina. Recuerdo que llevaba puestos unos lentes oscuros. “¿De qué color serán esos ojos?”, me pregunté más de una vez. No debí hacerlo, así me dio curiosidad saber qué color se ocultaba tras esos lentes enormes que parecían protegerlo de todo peligro, como si andar entre tinieblas no fuera su condena sino su

Carolina Zea Fernández (Medellín, 1997). Ingeniera biológica de la Universidad Nacional y estudiante de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Fotógrafa y pajarera. Como de niña fue tan callada, encontró en la poesía cierta posibilidad de expresión: una forma de nombrar el mundo.

salvación. Porque con el dolor, los muertos y la sangre que se veían todos los días en el barrio, uno quería quedarse ciego.

Y eso que yo también andaba casi en tinieblas. A los dos años perdí el ojo derecho por culpa de una enfermedad toda rara: retinoblastoma, un tipo de cáncer ocular que comienza en la retina y hace que las células nerviosas crezcan sin parar hasta formar un tumor. “Eso da mucho en la costa, mijo”, me decía mi mamá cada que le preguntaba por esa enfermedad, y no entraba en más detalles, quizás para no recordar aquellas noches que pasó en vela en un hospital, esperando que algún milagro me salvara, porque los médicos decían que me moriría en días. Y sin embargo aquí estoy, tratando de ver el mundo por un ojo.

A veces imaginaba cómo sería uno quedarse ciego por completo. Entonces me tapaba el ojo derecho con la mano y todo se volvía negro, oscuro, como cuando mi

papá apagaba el televisor a la medianoche. Escuchaba a mis amiguitos correr y gritar, pero no los veía. Sentía a mi mamá cerca de mí, pero no la veía. Eso me llenaba de miedo, y me destapaba el ojo. Un rato, porque después volvía a taparme para poder escuchar cómo el viento movía las hojas de los árboles. O para reconocer a una persona solo por su olor, como a mi abuelita, que olía a madera, o a mi tío Hernando, que olía a puro anís. Es más: a veces me daba por tocar las cosas y podía sentir sus texturas: el frío metal de la puerta de mi casa, el liso cristal de mis canicas o las rugosas llantas de mi bicicleta.

Pero eso no se comparaba con lo que debe sentir un ciego todos los días, a cada hora. Y justo ese día estaba frente a uno. Los dos estábamos sentados en una de las mesas grandes de la biblioteca Fundación Familia La Esperanza, que años atrás era un saloncito al lado de la parroquia El

Santo Evangelio y el Colegio Cooperativo. La nueva sede era grande, cómoda y bien iluminada. Tenía una buena colección de libros de arte y literatura, y al fondo un bello mural en madera —titulado *Vida*— que recreaba algunas imágenes precolombinas. Estaba al pie de la cancha La Maracaná, en Castilla, y algunos usuarios se desconcentraban de sus lecturas cuando afuera la gente gritaba gol.

Yo iba solo. Mi mamá me había llevado porque no me soportaba en la casa. Es que aparte de tener esa enfermedad toda rara que me había quitado el ojo derecho, también era hiperactivo. Todo lo tenía que tocar, hacer y saber. Entonces, para no aguantarme la cantaleta de ella, me iba para la biblioteca, y santo remedio: me quedaba quieto porque me ponía a leer libros de cuentos, a ver imágenes del libro de los planetas o a escuchar la música clásica que sonaba en la grabadora. Eso sí,

cuando hacían las vacaciones recreativas no había poder que me aplacara: corría, saltaba, reía, gritaba, me caía y levantaba como si nada, me raspaba las rodillas y ensuciaba mi ropa. Ese lugar era mi segunda casa. Iba desde la mañana, volvía en la tarde después de almorzar y me quedaba hasta que lo cerraban.

Cuando el ciego llegó a la biblioteca, su bastón chocó contra la puerta. Una vez pasó la registradora, caminó firme, se sentó a la mesa y puso sobre ella un bolso negro. Liliam, la bibliotecaria, lo recibió, y después de los saludos efusivos él le preguntó a ella si le podía leer en voz alta. “Hoy no puedo porque estoy haciendo un inventario, pero un usuario puede hacerlo”. En ese momento yo los estaba mirando, y aunque los ojos de Liliam me interpelaban, no creí que fuera yo el elegido. Hasta que me llamó. Me levanté con timidez y me dirigí hacia ellos sin dejar de mirar al ciego. No supe qué decir, y

apenas Liliam nos presentó, me senté frente a él y nos quedamos en silencio por varios segundos. “¿Cuántos años tenés?”, me preguntó. “Ocho”, le respondí en voz baja. “Ah, qué bien. ¡Tan chiquito y ya venís a la biblioteca!”, dijo sorprendido y yo me refí timidamente, como cuando mis tías me pedían que les dijera las capitales de los países o los números en inglés.

Era temprano, el sol se metía por la ventana. Con lentitud, el ciego sacó de su bolso una carpeta amarilla en la que había varias revistas y unos papeles con punticos que se podían tocar. “¿Y estos papeles con esos punticos qué son?”, le pregunté. “Ah, esos punticos son braille, el lenguaje con el que nosotros podemos leer y escribir”, dijo, como si estuviera dándome una clase, y de inmediato pasó sus dedos sobre el papel y empezó a leer en voz alta. Yo no lo podía creer, parecía un acto de magia, y grité emocionado. Él se rio, y con

mucho cuidado, como si fueran su más grande tesoro, me pasó las revistas.

Me pidió que le leyera las noticias. Antes de elegir una, vi las fotos y los enormes títulos de color rojo. Parecían señales de alerta, como si en vez de historias y aventuras anunciaran el fin del mundo. Hojeé la revista y lo único que encontré fueron masacres, bombas, peleas entre políticos y amenazas de guerra. Escogí una al azar, al fin y al cabo todas eran iguales, y con esa voz destemplada con que cantaba en las reuniones familiares, comencé a leer. El ciego mantuvo sus manos apoyadas en la mesa, alzó la cabeza y se quedó en silencio. Luego, una sonrisa se dibujó en sus labios. No importaba si la noticia era perturbadora, él seguía escuchándome atento. Era como si cada palabra cobrara vida en el vacío. En el silencio de la biblioteca mi voz sonaba como una guitarra desafinada, pero a él no parecía molestarle.

Seguí leyendo sin descansar: “La cabina del terror. Por primera vez los fiscales sin rostro contaron intimidaciones sobre los interrogatorios a los protagonistas del 8000”, dije. Me quedé en silencio tratando de comprender lo que estaba leyendo, pero él me pidió que continuara. “En el último piso de un viejo edificio, localizado en pleno corazón de Bogotá, está ubicado el búnker donde trabajan, desde hace tres años, los fiscales sin rostro que tienen sobre sus hombros la gigantesca investigación conocida como el proceso 8000”. Imaginé un cuento de terror en el que un guerrero le hacía confesar a un monstruo dónde tenía presa a la princesa, pero la noticia no era más que un montón de revelaciones que, desesperados, hacían políticos, empresarios y narcotraficantes para salvarse a sí mismos.

Quería leerle otra cosa: un cuento, un poema, o incluso un manual de instrucciones.

Pero él insistió en que le leyera más noticias. Volví a hojear la revista, escogí cualquiera, y apenas leí las primeras palabras, se puso alerta, como si estuviera escuchando un boletín de última hora en la radio.

“¿Qué te parecen esas noticias?”, me preguntó. “Normal. Es lo que uno ve todos los días”, le respondí sin asombro. Tal vez esperaba una respuesta más profunda, pero qué más podía decirle si estaba acostumbrado a ver cómo la gente robaba, peleaba o se mataba por deporte. No entendía por qué y era mejor que así fuera; había ciertos golpes de realidad que en ese momento no era bueno recibir. “Tristemente así es, pero hay otras cosas por ver”, dijo, tratando de sacarme de mi pesimismo. “Como cuáles”, le pregunté inquieto. “Las flores en la mañana, un partido de fútbol una tarde de domingo, la cuadra llena de niños jugando, tu profesora anotando sumas u oraciones en el tablero, la cara de tu mamá cuando

te va a dar las buenas noches”, enumeró el ciego. “¿Y usted cómo sabe eso si no puede ver?”, lo cuestioné, y pensé que me regañaría por mi imprudencia pero él se largó a reír. “Por esto”, dijo, y tomó sus revistas y textos en braille y me explicó que cuando él leía o alguien le leía en voz alta o le describía las cosas que había alrededor, podía verlas en la oscuridad. No comprendí del todo lo que me dijo y nos quedamos en silencio otra vez.

De repente, el ciego recogió sus revistas y textos en braille, los metió con cuidado al bolso y se paró de la silla. “Chao, Felipe. Muchas gracias por tu lectura”, se despidió y estiró su mano. Yo se la di con fuerza y sentí su calor. El fuego de las palabras le llegó hasta las manos, pensé. El mismo ritual se repitió cada semana, luego se hizo intermitente, hasta que de un momento a otro él no volvió a la biblioteca. Nunca supe por qué y lo lamenté; me

gustaba leerle en voz alta y ver cómo su rostro se iluminaba con cada palabra que le leía. A pesar de ello, seguí yendo a ese lugar, que con el tiempo se convirtió en el espacio donde no solo encontraba respuestas a mis constantes preguntas, sino que también podía vivir una vida distinta a la que me tocó.

La imagen del ciego se quedó grabada en mi cabeza, y tuvieron que pasar muchos años para comprender el poder que las palabras tenían en la oscuridad. Y, claro, también tuvieron que pasar otras lecturas en voz alta: mi mamá leyéndome cuentos antes de irme a dormir, la profesora de español caminando lentamente por un salón del Manuel José Gómez Serna mientras leía *El coronel no tiene quien le escriba*, un grupo de personas leyendo un poema de Mara Agudelo en la biblioteca de Bello, Aurita López leyendo *Los versos del capitán* en el Jardín Botánico.

Un viejo amor me dijo que cuando alguien lee en voz alta revela el poder secreto de las palabras. Yo creo que, además de eso, les da forma a los pensamientos de quien escucha. Y aquel ciego al que yo le leía cada semana en la biblioteca Fundación Familia La Esperanza, mientras afuera la vida y la muerte se miraban de reojo, no solo les daba forma a sus pensamientos, así corrieran veloces y entre tinieblas, sino también a sus recuerdos, fueran luminosos o grises. Ese es el poder de la palabra: ser luz en el silencio.

Toda esta historia la recuerdo ahora en la biblioteca de mi casa. Antes estaba leyendo un libro de crónicas de Robert Hilburn, pero tuve que parar porque la música a todo volumen de los vecinos me desconcentró. Miro por la ventana, cierro los ojos y siento un halo de luz; el mismo que irradiaba el rostro del ciego cuando le leía en voz alta. Retomo la lectura, pero

antes de seguir tomo aire y me quedo en silencio unos segundos. La música suena con más volumen y, sin más, empiezo a leer en voz alta.

Felipe Sánchez Hincapié (Medellín, 1989). Comunicador social y especialista en Docencia universitaria. Docente de Periodismo en IME-Escuelas Técnicas. Ha publicado en medios como *Noisey*, *Al Poniente* y *Laterales Magazine*. Quiso ser escritor después de leer a García Márquez, y estrella de rock cuando vio a Los Beatles en televisión. Lo primero trata de serlo todavía, pero a lo segundo tuvo que renunciar y conformarse con ser un melómano apasionado.

Caminar con amigos

Sandra Ladrón de Guevara

Walter tuvo el detalle de visitarnos durante la licencia que le dieron mientras prestaba el servicio militar. Como siempre en el grupo juvenil, nos moríamos de la risa al recordar que mi hermana le había enviado unas notas de trigonometría en lugar de la carta que le había escrito. Era 1989 y cursábamos noveno grado.

—Walter, qué pena haberte mandado eso de trigo, es que me enredé cuando lo metí en el sobre. ¿Qué pensaste cuando lo abriste?

—¡Ah, qué risa! No, yo todo feliz por recibir una carta, y cuando la abrí... ¿Cómo que qué? —decía Walter haciendo el gesto de abrir un libro con las manos—. Pero... yo sí

me di cuenta de que te habías equivocado. La volví a empacar y la guardé. Después me llegó la carta real, y bien. Muchas gracias.

Era una de las muchas situaciones absurdamente torpes de la adolescencia, que tenían como escenario uno de los pocos espacios enriquecedores que teníamos los jóvenes del Doce de Octubre, parte alta, en esos explosivos años de Medellín. La iglesia Santa Teresa de Jesús había crecido con nosotros, con el barrio, desde las misas al aire libre hasta la construcción del templo que tiene hoy. Gracias a la invitación del padre Alonso, conformamos el grupo juvenil de la parroquia, al que llamamos Amigos Caminantes, una alternativa para adolescentes con ganas de reírse, conocer a otros jóvenes, aprender de historia y contar lo que pasaba en el barrio. Allí confluyeron personalidades muy distintas, con intereses diversos, que años más tarde tomarían caminos singulares.

En Amigos Caminantes nos dimos cuenta poco a poco de nuestra creciente autonomía, y también de nuestra vulnerabilidad. Nos unían el barrio, el paisaje, las raíces de las que éramos retoños verdeando; nos unían esa mezcla misteriosa de inocencia y vigor, esa tendencia a la alegría, la risa, la burla, esa emoción de manejar la loca bicicleta de los encuentros al lado del que nos gustaba del grupo.

Los dieciséis de mi hermana los celebramos con el grupo porque la familia amplia vivía lejos. El baile empezó cuando llegaron todos en patota a cantar el cumpleaños feliz. Recuerdo que Giovanni insistía en que no cantáramos acelerados como una moto (las motos eran su tema por esos años y siempre hablaba de ellas, así no tuvieran nada que ver con lo que estaba pasando). También llegaron los flacos, que eran tres hermanos, Andrés, John y Jose, cada uno más flaco y más largo que el siguiente: el menor, Jose,

medía 1,90; John medía 1,95; y Andrés, al que le decíamos Charly, más de dos metros.

En contraste, ninguna de las muchachas pasábamos de 1,65. Fanny, que se creía linda, era la que más partido le sacaba a esa diferencia para reírnos: les pedía a los hermanos que se pararan al lado de los postes del alumbrado y levantaran los brazos para ver hasta dónde alcanzaban. Por supuesto, ellos eran los que bajaban todas las cosas altas y cargaban bolsas, morrales, paquetes y bultos cuando había necesidad.

Gloria y Nasly trataban de disimular la diferencia de altura levantándose el copete de Alf lo más alto que podían. La moda en peinados de la época no solo lo permitía: lo ordenaba. Si no sabe de qué hablo, vaya y busque en internet. O pregunte por la bomba o por la araña, otros métodos que también se sustentaban en el enredo frenético y sistemático del cabello y se solidificaban gracias al uso de mucha laca en aerosol.

Después de enredar y humedecer, había que separar la capa de adelante del pelo con una peinilla fina para darle la forma final a la parte visible del copete antes de que la laca se secase.

No todas las adolescentes de esa generación contábamos con las habilidades necesarias para hacer estas maniobras, por supuesto, por lo que fue una época de muchachas mal peinadas. Había otra corriente: las del peinado “lamido por una vaca”. A esta tendencia pertenecíamos mi hermana Yeny y yo. Teníamos el cabello lacio y resolvíamos echándonos el pelo para atrás, en una cola de caballo y ya. En cambio, Damaris y Juliana tenían el pelo crespo, y se quejaban de que no se les notaba el crecimiento. Sobra mencionar lo cotidiano que era el fenómeno de envidiar el cabello de las otras y sufrir el propio; es decir, mi hermana y yo envidiábamos el cabello de Damaris y Juliana, y ellas el nuestro.

Los cumpleaños y fiestas se parecían a los encuentros semanales porque iniciaban con un rato largo de saludos y los chistes malos de Rodrigo, que tenían el poderoso efecto de sabotear cualquier conversación. Manuel, el encargado por la parroquia de animar y coordinar el grupo, llevaba una dinámica rompehielo y alguna reflexión sobre el evangelio o sobre la acción juvenil en la dinámica barrial.

A veces nos invitaban a proponer actividades para los encuentros, y en una ocasión Ferney llevó el juego de Mao llama. En el juego todos nos llamábamos Mao y nos distinguíamos por un número. Ferney empezó por darnos un número a cada uno: Mao 1, Mao 2, Mao 3... El juego consistía en llamar al azar y responder rápidamente, usando siempre la misma fórmula. Ferney empezó:

—Mao 1 llama a Mao 9.

Él insistía en que debíamos llamar lo más rápido que pudiéramos. Giovanni, con

su obsesión por las motos, decía que era el único que lo hacía con la velocidad precisa. Ferney enfatizaba en que debía ser mucho más rápido, de manera que se escuchaba:

—Mao3llamaMao9.

—Mao9llamaMao4.

—Mao4llamaMao18.

Quien no respondiera pronto porque estaba atacado de la risa, pagaba con una pena y corría el riesgo de que Giovanni lo pusiera a hacer como una moto.

En el grupo juvenil descubrí la poesía de César Vallejo y su juego de composición a partir de la sustancia de las palabras, con las que se acercaba al complejo sentido de un ser, de un fenómeno, de un suceso. *La paz, la avispa, el taco, las vertientes* sigue recordándome que el sentido salta de palabra en palabra sin dejarse atrapar nunca. Por eso la creación es infinita aunque las letras del abecedario español sean veintisiete y los temas de las historias se repitan. Cada

generación renueva la vida y las palabras con su descubrimiento de las primeras veces, en un mundo que también cambia porque está vivo.

Algunos de esos adolescentes escribíamos, aunque fuera con muy mala ortografía. Leíamos y nos atrevíamos a hurgar en nuestros pensamientos y sensaciones del mundo, y ese ejercicio generaba comprensiones y espacios íntimos.

Compartíamos una ciudad amedrentada, un barrio peligroso que nos mostraba que la muerte violenta podía alcanzarnos, que la tortura y la violación eran noticias tempraneras en las panaderías, en las calles, en los parches, y que las víctimas aparecían en las cañadas y caían en las esquinas. Nos preguntábamos por la muerte como posibilidad azarosa y siempre injusta en las guerras, fueran urbanas, rurales, civiles o mundiales. Injusta muerte la de la juventud en las guerras.

Fue un tema que discutimos mucho. Tanto la muerte física como la que puede entenderse como un cambio: el abandono de aspiraciones u opiniones, la transformación de nosotros mismos, las pequeñas y cotidianas renunciadas, los sueños aplazados, e incluso la transmutación a otros estados, el viaje del alma. Alguna vez Antonio, otro amigo del grupo, me prestó una revista con pinturas de paisajes astrales, escenarios donde estaba representada la existencia más allá de la vida terrenal.

A veces olvidábamos que la vida se impone a la muerte y la angustia nos aplastaba. Recuerdo mi conmoción un día al encontrar en ese espacio de alegría y juventud el hueco de la muerte. Me rebelé, insistí en que no debíamos morir ni cerrar puertas, sino atrevernos a vivir, a experimentar cosas nuevas, a aprender y a equivocarnos; a enfrentar, con miedo y todo, lo desconocido de la vida, aunque después

descubriéramos la amargura. Es que estaba cansada de tanta muerte, y era importante, en aquel momento en Medellín, que las muchachas pudiéramos rechazar lo que se nos ofrecía en los rincones oscuros de las fiestas, y que los muchachos pudieran decir no a las opciones de dinero fácil y muerte real.

Así, entre discusiones y alegrías, entre temores y juegos, pasamos los años más intensos de nuestras vidas. Quienes eran los líderes del grupo decidieron abrazar su vocación religiosa, otros cambiamos de barrio y logramos adelantar estudios profesionales, algunos se fueron a vivir al exterior, y otros, como William, quedarán como memoria del carisma sacrificado por una guerra que tomó presa a la juventud. La mayoría sigue en el barrio: ahora tienen hijos y nuevas familias, y siguen trabajando por la comunidad. A veces nos reunimos o nos escribimos, y recordamos con

entusiasmo aquel tiempo, tantas risas y aprendizajes. No quedamos con deudas afectivas. Allí siempre fuimos libres.

Sandra Ladrón de Guevara (Medellín, 1975). Psicóloga de la Universidad de Antioquia. Escuchar a su padre leer los versos de Antonio Machado, Miguel Hernández y Pablo Neruda le mostró la contundencia que el ritmo de las palabras le imprime a las historias y a los poemas.

Me acuerdo

Guillermo González Ríos

Me acuerdo de mis abuelos y del día de mi primera comunión; ese diciembre me regalaron mi primer libro: un devocionario de pasta dura, negro y pequeñito, que cuidaba más que a una monedita de oro. Me acuerdo del Ángel de mi Guarda y de un cuadro que había en muchas casas, en el que unos niños pasaban un río peligroso acompañados de un serafín. Me acuerdo de las cinco escuelas por las que pasé en la primaria y de las clases de contradanza. Me acuerdo de la vez en que le juré a William que le ganaría el primer puesto de la clase y lo conseguí por una buena nota en Religión. Me acuerdo de la piedra que le

arrojé a Soto y que fue a dar contra el vidrio de la rectoría; me acuerdo de que mi madre tuvo que pagar doce pesos por mi pilatuna. Me acuerdo de la profesora Edith y de su inolvidable minifalda.

Me acuerdo de las idas en carro de balineras al Centro a buscar madera para alimentar el fogón casero, y de las escapadas para jugar canicas y trompo. Me acuerdo del día en que casi me mata una volqueta en la calle 96 con 70; me acuerdo de la cara de susto de Güeveriche, y de haberme salvado porque me tiré a la sala de una casa cuando vi que la volqueta venía a mil.

Me acuerdo de mis años como monaguillo en la iglesia El Santo Evangelio, y de que eso contribuyó a mi apetencia por la lectura. Me acuerdo de los relatos de la Biblia, que leíamos y escuchábamos como si fueran aventuras. Me acuerdo de la parábola de los diez leprosos y de la del hijo pródigo, porque me enseñaron la importancia

de ser agradecido. Me acuerdo también de las fábulas *La liebre y la tortuga* y *La tortuga que quería volar*.

Me acuerdo de las pilas de libros que nos ponían a leer en clase de Español. Me acuerdo de haberme leído *La vorágine* y de haberme aprendido algunos versos del *Cantar de mio Cid*, en ese castellano clásico que en vez de haches tiene efes. Me acuerdo de odiar las matemáticas y aun así escribirle versos a Hipatia, la gran matemática.

Me acuerdo de un libro inolvidable: *Don Quijote de la Mancha*. Se lo regalaron a mi hermana mayor, Francia Elena, por haber terminado el bachillerato con honores en la Normal Santa Inés. Un primo mío se antojó del libro porque tenía unas ilustraciones muy bellas y se lo pidió prestado. El infeliz nunca lo quiso devolver. Fui a reclamárselo tres veces pero no dio muestras de querer entregarlo. Posdata: no sé si ya lo perdoné.

Me acuerdo de que mi hermana Francia Elena pertenecía al Club de Lectores y cada mes, sin falta, seleccionaba una obra literaria pensando en nosotros, los hermanos menores, y unas revistas con ejercicios y actividades físicas. En casa éramos ocho hermanos y al menos tres devorábamos libros; el resto, creo, algo leía, aunque fuera el *Condorito* de Pepo. A falta de mi padre, ya fallecido, Francia Elena se encargaba de nuestras dudas y lecturas. Me acuerdo de haber descubierto, por esa época, mi preferencia por los libros de aventuras, como *El capitán Tormenta* de Emilio Salgari, *Robin Hood*, *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift y todo lo que tratara de piratas y filibusteros en pleno mar.

Me acuerdo de la vez que en mi casa apareció un libro verde oliva con dibujos que explicaban ritos de hechicería. Me acuerdo de haber leído sobre íncubos y súcubos, demonios masculinos y femeninos

de gran belleza que seducían a las personas. Me acuerdo del miedo y del insomnio que me provocó esa lectura. Un día, en un arranque de no sé qué, me deshice del libro. Lo volví cenizas. Hoy, debo confesarlo, me arrepiento.

Me acuerdo de que mi hermana tenía una máquina de escribir marca Olivetti Lettera 22. Yo la utilizaba para hacer los memoriales de la Acción Comunal y ganarme unos pesitos. Cierta día llegué un tío de Santa Bárbara y se la pidió prestada a mi hermana para su hija, que iba a estudiar secretariado. La máquina, al igual que el *Quijote*, jamás volvió a las manos de mi hermana. Posdata dos: tampoco sé si he perdonado a mi tío.

Me acuerdo de las flautas de metal que el maestro Crescencio Salcedo vendía al pie del edificio Coltejer, en cuyo puesto rezaba: “Aquí no se pide limosna ni se venden flautas a 100 pesos”. El maestro, a pesar de ser el compositor de *El año viejo* y de que la

canción sonaba todos los 31 de diciembre, vivía muy precariamente de la venta de sus flautas. Una vez le compré una y cometí el error (horror) de prestársela a un amigo. Me acuerdo de haber sido burlado y hurtado. Posdata tres: ya saben.

Me acuerdo de las heladerías de la época: la Niágara y la Cardenales. Me acuerdo de que los hombres tomaban cerveza, ron y aguardiente, y las damas ron con Coca-Cola. Me acuerdo de mi primera cerveza, a los doce años. Me acuerdo de que en las discotecas los cantineros organizaban concursos de baile y premiaban con botellas de licor y dinero en efectivo. Me acuerdo de que en esas discotecas se celebraban cumpleaños, quince, grados... Además existían los reservados para las parejas de enamorados. Me acuerdo de que en los bailes era común ver a los jóvenes con cabello largo bien engominado, pantalones de tela sintética bota campana, zapatos de plataforma de veinte

centímetros y camisa bombacha. Las damas, por su parte, llevaban minifaldas, medias de malla y zapatos bajitos, cabello largo o corto bien peinado con laca y adornos con cintas en la cabeza. Me acuerdo de que el discómano era el encargado de poner los acetatos y era requisito indispensable que no tomara bebidas embriagantes, solo gaseosa o tinto, para que se mantuviera alerta y pudiera complacer a toda la clientela. Me acuerdo de que en algunas discotecas contrataban grupos musicales, mariachis, tríos y conjuntos vallenatos que hacían las delicias del público. Había también discotecas especializadas en tango o “música ciudadana”, como solía decirse a ese género que reunía a los camajanes de la época, quienes zanjaban sus discordias a cuchillo limpio.

Me acuerdo del primer acordeón que compró mi hermano y del conjunto en el que tocábamos los dos: Nostalgia Vallenata. Me acuerdo de tocar la percusión, el

bajo y la guitarra, y de nunca haber podido con el acordeón. Me acuerdo de que en el año 95 fuimos embajadores de la música colombiana y salimos en el programa de Jorge Barón. Me acuerdo todavía de una canción que dice: “Madre, madre, no hay sino una; madre, madre, me ha dado Dios”.

Me acuerdo de que cuando tocábamos en el atrio de la iglesia de La Candelaria, allá en pleno parque Berrío, unos señores tiraban al piso gran cantidad de libros de todas las características posibles: novelas, cuentos, crónicas y ensayos. Me acuerdo de que en ese entonces mi esposa me había regalado un estante de seis entrepaños y me había dado una orden feliz: “llénelo”. Me acuerdo de pasar por esos puestos y comprar tres o más libros de la editorial Salvat o de Oveja Negra para ir dándole vida a mi humilde biblioteca personal. Me acuerdo de la alegría de leer obras como *Madame Bovary*, *Los miserables*, *Cumbres borrascosas*,

El viejo y el mar y *La guerra y la paz*, y a autores latinoamericanos como García Márquez, Vargas Llosa, Borges, Onetti, Mistral y Neruda. Me acuerdo de mi obsesión por los libros de Agatha Christie.

Me acuerdo de leer para liberar el espíritu, para encontrar otros caminos, para enriquecer la mente, para ser más intuitivo, comprensivo y creativo. Me acuerdo de las cartas que le escribo a mi mamá cada que cumple años, y de la cara de ella, con los ojos aguados, preguntándome de dónde saco tanta cosa. Me acuerdo de mis primeros cuentos en hojas amarillas, sobre una mujer a la que obligaban a casarse con un doctor muy prestante y sobre gente que tenía que salir huyendo de sus pueblos por la violencia. Me acuerdo de la vez que en un taller nos dijeron que lo más importante a la hora de narrar era la intriga. Me acuerdo, sobre todo, de alguien que en estos días me dijo que había

que leer el *Quijote* mínimo tres veces: la primera para reír, la segunda para pensar y la tercera para llorar. Me acuerdo de que así es como se lee.

Guillermo González Ríos (Santa Bárbara, 1956). Músico y amante de la literatura. En cuarto de bachillerato escribió un cuento de una mujer enamorada para la clase de español. El resultado le gustó tanto que hasta ahora no ha parado de escribir. Nunca falta a los talleres de lectura y escritura de la zona Noroccidental. Le sorprende pensar en todas las obras literarias que no ha leído.

La Canoa

Róbinson Zapata Agudelo

Nací un día de septiembre de 1986. Me crié en La Canoa, una cuadra larga y estrecha con casas de adobe pelado. Le dicen así porque tiene forma de u extendida, es decir, el centro está más abajo que las esquinas. Era la época de los apagones, del racionamiento, lo que obligaba a mucha gente a cocinar con fogón de petróleo. La tv era a blanco y negro y las señoras hablaban de una tal casa de las dos palmas o de *Los pecados de Inés de Hinojosa*.

Los muchachos salíamos a la calle a jugar seguimiento, ponchao, chuchacogida, tintín corre corre o cero contra pulsero. En ese entonces la cuadra tenía casas con

antejardines por donde los niños pasábamos corriendo, cuando nos juntábamos en gallaíta. Si las niñas querían participar, nos poníamos de acuerdo para jugar mamacita o escondidijo, porque uno le buscaba el laito a la que le gustaba y ella hacía lo mismo y escondidos nos dábamos los primeros picos. Ni siquiera eran besos sino picos, siempre y cuando fuera correspondido. Eran tiempos de conquistar con carticas perfumadas, adornadas con Piolines dibujados y pintados a mano y versos de amor de algún poeta viejo. En el caso de los adolescentes, todo se concretaba en un baile de garaje con foco apagado.

Hacíamos carros de rodillos o nos deslizábamos por la cuadra sobre tablas untadas de jabón Rey o cebo. Armábamos cometas con palos recortados de los cajones en los que venían los tomates, papel globo, colbón e hilo. Afuera del colegio comíamos papa chorriada, ponche,

merengues, cofio, minisigüí y otros mecatos. El Mono, un señor albino que vendía bananos y mamoncillos, pasaba casi todos los días a la hora del almuerzo empujando una carreta. A él le comprábamos 500 de banano. Partíamos el banano en dos, le metíamos un palito de chuzo, lo espolvoreábamos con azúcar y leche en polvo y lo metíamos a congelar.

En octubre los adultos cerraban la cuadra para hacer la fiesta de los niños. Todos colaboraban: los que podían donaban dinero y los que no, ayudaban a pintar caritas o a preparar el arroz con leche, el chocolate o el canelazo. Los grandes fritaban buñuelos mientras los niños corríamos de un lado a otro hasta que Armando Barrientos, Armandito, sacaba un castillo inflable, y entonces nos íbamos a dar brincos como locos. Nada nos cansaba. Solo parábamos cuando nos llamaban a hacer fila para comer o para ver la función de títeres.

Armandito, Armandito, cómo no acordarse de ese ser extraordinario. Alma joven, libre, protector de niños, lector de Castañeda, mambeador y amante de la naturaleza. Se cambió el nombre en uno de sus viajes a la Sierra Nevada de Santa Marta, cuando fue a visitar a sus amigos indígenas y chamanes. Ahora se llama José María. Gracias a él nuestra infancia estuvo llena de magia, fantasía y arte. Llevaba a todas partes un teatro hecho de tubos de pvc y telas de pana y terciopelo. Salía de detrás del escenario convertido en Pinocho, y le decía mentiras a Gepeto y se ponía a jugar con nosotros, hasta que se metía en problemas y luego, en un descuido, se convertía en Gepeto y salía a buscar a Pinocho porque el muñeco de madera se había escapado. A su lado siempre estaba una mujer con la misma magia y energía: la fantástica Crishna. José María y Crishna tenían la habilidad de convertirse en cuanto personaje querían,

y nos sumergían en sus cuentos cantando “estaba la pájara pinta sentada en su verde limón” o “ahí va la serpiente de tierra caliente, que cuando se ríe se le ven los dientes”. Mientras tanto, más de uno de nosotros estaba mudando los de leche.

Todos los años se celebraba en la cuadra un reinado. Pero no era un reinado cualquiera. No era de esos que eligen a la reina del plátano o de la yuca o a la más caribonita. No. En este caso, los pelaos más grandes se maquillaban con ayuda de las hermanas o de las amigas, se ponían vestido, peluca y tacones y salían a desfilarse por toda la cuadra. Recuerdo las carcajadas que soltábamos viendo a Jader García o a Piraña vestidos de mujer, eligiendo edecán. Las peladas los entrevistaban en la terraza de la casa de Adriana, ahí en la 95, al frente de la tienda del Primo. Como la terraza no tenía escaleras de cemento, les tocaba subir por una de madera, ataviados

con tacones y vestido. El reinado era tan concurrido que los chicos malos, los calientes del barrio, también se parchaban a tirar caja y a tomarse los tragos.

Una vez Piraña escogió a uno de los malandros malencarados como edecán, y nos dio mucha risa ver cómo le decía lindo al pillo y le tiraba picos. Piraña lo llamaba de frente para que lo ayudara a subir las escaleras. El premio era un viaje a la costa con plata y licor pagos, pero en lugar de bus o vuelo chárter debía hacerse en bicicleta.

Pero no todo era fiesta y alegría. Una noche sonaron unos disparos en la esquina, y cuando salimos a mirar el alboroto, habían matado a Monedita, un pelado de quince años, muy bromista. Nos dio muy duro a todos los que nos criamos con él y lo queríamos. Era el fin de la infancia. Las casas empezaron a perder sus antejardines con palmeras y rosales y se encerraron entre rejas. La tv dejó de ser a blanco y negro y ya

se veían programas como *Romeo y Busetá*, *La dimensión desconocida* y *NN*, y Jaime Garzón nos enseñaba a ser críticos.

Se hablaba de secuestros y extorsiones, y no se podía señalar ni mirar por las ventanas. Se hablaba de la limpieza social de Amor por Medellín, ese grupo paramilitar que mataba en nombre de la “buena conducta” y las “buenas costumbres”. Les temíamos al F2, al DAS, a los carros fantasma y a las batidas. Había muertos casi todos los días. Antes de cumplir dieciocho yo ya había recogido varios heridos y los había metido en taxis rumbo al hospital. Incluso sabía de muertos que remataban en los velorios. En el país asesinaron a líderes importantes como Carlos Pizarro, Jaime Pardo Leal, José Antequera y Bernardo Jaramillo Ossa. En los barrios los pelaos empezaban a matarse entre ellos. En Castilla le pusieron una bomba al CAI que había detrás de la unidad deportiva. Muerto el patrón, no había Dios ni ley.

En esos años, los líderes y artistas de la Noroccidental se unieron para ganarle terreno a la guerra y mantener a las bandas delincuenciales a metros de las escuelas y de los grupos que hacíamos teatro y otras actividades con niños y jóvenes. Al barrio llegó María Emma Mejía con el Núcleo de Vida Ciudadana de La Esperanza, una estrategia para intervenir los lugares más afectados por la violencia. Construyeron la Cooperativa La Esperanza, el Hogar Infantil Rosita y el Centro de Integración Comunitaria, donde estaba la Biblioteca La Esperanza. Fundada por doña Blanca Echavarría y por los belgas en los años sesenta, con 250 libros prestados, la de La Esperanza fue una de las primeras bibliotecas populares de Medellín. Recuerdo a bibliotecarios que dieron la vida por ese espacio, como Eva Inés Londoño, Yamili Ocampo, Luis Carlos Raigoza, Arley Orozco, Liliam Londoño, Nancy Zapata y Luis Emiro Álvarez.

Actualmente, gracias a Familia y a la Fundación Ratón de Biblioteca, este lugar sigue vivo. Tristemente, otras bibliotecas populares no han tenido la misma suerte, como la Mario Gaviria Suárez del Tricentenario y Tren de Papel en el barrio Florencia. Ese riesgo de cerrar sus puertas también lo corrió la Biblioteca Pública Comfenalco de Castilla. Todavía recuerdo la tarde en la que tuve que tomar el micrófono en la inauguración de una bienal de arte, después de que los funcionarios anunciaran que cerrarían sus puertas y enviarían el material bibliográfico a una biblioteca en el Chocó, para decir: “sobre mi cadáver. Vamos a hablar con el que sea, pero esta biblioteca no se cierra”. Recogimos firmas, nos sentamos varias veces con el secretario de cultura y el alcalde. Efectivamente, entre usuarios y líderes comunitarios logramos que esa decisión se echara para atrás. Años después, una granizada derribó el techo y provocó que se perdiera gran parte

del material bibliográfico, computadores y valiosa información. Pero ese tampoco fue el fin. Después de siete largos años cerrada, la querida Biblioteca Comfenalco otra vez tiene sus puertas abiertas.

Las corporaciones artísticas y culturales del barrio cumplieron una función muy importante en la pacificación del sector. Gabriela Montoya, docente del colegio Alfredo Cock Arango, fundó la Corporación Renovación, en principio para el cuidado de las zonas verdes. Con los años, y gracias a la invitación de El Gordo de Barrio Comparsa, empezaron a hacer teatro callejero y de sala. De esa época recuerdo al negro Javier, con esa sonrisa de dientes desordenados y ese espíritu de parranda. Todo lo que salía de la boca del negro era una fiesta. Amanecíamos tomando vino en la sede, al escondido de Gabriela y de la mayoría de los muchachos de la corporación. Uno que otro leía poesía, filosofaba y escuchaba reggae.

Por esos años, otro grupo de muchachos de la iglesia del Santo Evangelio que montaba la representación de la Navidad y de la Semana Santa fundaron Nefesh Teatro, una de las mejores comparsas de Medellín. Junto con la Corporación Nuestra Gente, organizaron el Festival de Teatro Comunitario. Recuerdo a Darío R., un negro flaco, de nariz muy aguileña, que nos enseñó a ver el cine de Almodóvar, a oír a Tracy Chapman y a leer la poesía de Alejandra Pizarnik. La argentina me llevó a explorar los lugares más oscuros de mi propio ser con *La condesa sangrienta*. Por ella entendí que la escritura debe ser una forma de catarsis.

Hay muchos otros líderes a los que cabe rendirles un homenaje: Soraya Cataño, a quien le gustaba jugar con los niños y enseñarles a hacer teatro; y el maestro que puso a Castilla en lo más alto de las letras antioqueñas: Helí Ramírez.

Con la muerte de Jaime Garzón llegó para mí el final de la década de los noventa. Ya vendría el nuevo milenio, con todos sus males presidenciales. Hoy, parado en esta esquina, volteo y miro la cuadra con cierta extrañeza. Nada es igual: ni yo soy un niño que hace teatro ni están aquí los amigos con los que me crie. Sobreviví a una guerra sin cuartel a pesar de la pobreza y de las bombas. La formación artística, la iglesia y hasta la música me salvaron de la delincuencia. Pero no salí ileso. Yo también enterré y lloré a mis muertos, y los seguiré llorando porque vivirán en mi corazón hasta el día en que la muerte también venga por mí.

Róbinson Zapata Agudelo (Medellín, 1986). Artista y gestor cultural del barrio Castilla. Ha participado en varias versiones del Festival de Poesía de la Comuna 6. Aprendió a leer solo.

Siempre volver

Odila Yepes Gallego

La primera enciclopedia que hubo en mi casa se llamaba *El mundo de los niños*, un mamotreto de dieciséis tomos editado por Salvat y distribuido por el Círculo de Lectores. Mi mamá se la compró a uno de esos vendedores que nacieron para convencer, resistir, persistir y nunca desistir, que ofrecen todas las formas de pago para amarrar al posible comprador. Así, a punta de insistencia, logró que mi madre la comprara. Pagábamos cuotas quincenales de 750 pesos, que mi mamá sacaba de la plata del mercado. También tuvimos la *Lexis 22*, otra enciclopedia, esta de veintidós tomos, que costó 26.000

pesos y mi mamá pagaba en cuotas mensuales de 2.208 pesos.

Para mis nueve hermanos y para mí era muy novedoso tener enciclopedias tan lujosas, con letras que parecían de oro en la portada. Todos los tomos de *El mundo de los niños* traían ilustraciones coloridas y bonitas, en especial los de “Mundo de los niños” y “Hazlo tú mismo”, que enseñaban manualidades y mostraban animales domésticos y salvajes. Abrir un libro de esos era como destapar el traído del Niño Dios: respirabas ese olor especial, un olor feliz.

En mi época de estudiante, por allá en los ochenta, visitar bibliotecas era una práctica muy común, casi obligatoria, ya que los profesores nos ponían trabajos en grupo o individuales y no todos tenían enciclopedias o libros en la casa. A mí me encantaba ir a la Biblioteca Pública Piloto, no solo para consultar temas académicos, sino también para leer libros que llamaban mi atención. Me

tocaba caminar mucho porque en ese entonces las rutas de buses eran escasas y todo quedaba lejos. Pero no importaba: la biblioteca era una de esas invitaciones a descubrir el mundo que te seducía y atrapaba. Entraba casi siempre sola, sin horarios, para darme el permiso de sumergirme en los libros sin depender de nadie, consciente de que una sala de lectura es un espacio que te permite ser y hacer. Allí, en incontables tardes sin tiempo, leí *El principito*, *Mujercitas*, *El diario de Ana Frank*, *El viejo y el mar*, *Cumbres borrascosas*, *La metamorfosis*, *Crimen y castigo*, entre otros.

Desde siempre quise escribir. Recuerdo que a los ocho años me sentaba frente a la Olivetti de mi padre a mecanografiar el abecedario, los nombres de mis hermanos y algunas frases cortas. Para el club literario que teníamos en la clase de español, escribí un poemita que hablaba de las cosas simples de la vida, y siempre fui muy aplicada en los ejercicios de redacción y ortografía. Pero esa

vocación tan viva tuvo que aplazarse cuando me gradué del colegio y me vinculé con una prestigiosa empresa de seguros. Allí hice una carrera administrativa y adquirí destrezas para la comunicación. Antes de iniciar la jornada laboral, tenía por costumbre saludar a mis compañeros mediante un correo electrónico con “La frase del día”, en el que les enviaba frases célebres, proverbios o refranes que los inspiraran o distrajeran durante las jornadas laborales. Eran tan bien recibidos, que me reclamaban cuando por alguna razón no los enviaba. Al final de la semana les hacía llegar “El correo del viernes”, en el que les compartía fragmentos de algunos libros de literatura. A Olguita Hincapié, que un día me dijo que su escritora favorita era Isabel Allende, le mandaba fragmentos de *La casa de los espíritus*:

La memoria es frágil y el transcurso de una vida es muy breve y sucede tan deprisa

que no alcanzamos a ver la relación entre los acontecimientos. No podemos medir la consecuencia de los actos. [...] Por eso mi abuela Clara escribía en sus cuadernos, para ver las cosas en su dimensión real.

Entre los afanes del trabajo y los gustos literarios de mis compañeros, mantenía vivo mi deseo de escribir. Un deseo postergado por años de deberes y madrugadas. Porque el deber es primero que el hacer, o por lo menos así era en mi época. Entretanto, soñaba con el día en que pudiera dedicarme a aprender a pintar palabras y edificar historias. Hasta que en 2015, después de haber laborado por veintidós años, empecé a disfrutar de mi tiempo a plenitud, y lo que tanto deseé se cumplió.

La Biblioteca Comfenalco Castilla, cuyas instalaciones habían colapsado tras un fuerte aguacero, volvió a abrir sus puertas para el disfrute de todos. Mi amiga Luz

Marina me contó que asistía a los talleres de escritura creativa que impartían allí y me invitó a participar. “Lo más seguro es que te quedes porque la persona que dicta el taller es muy amable, al igual que las personas que asisten”, me dijo. Entonces me animé a ir. La clase empezaba a las tres de la tarde pero yo llegué desde las dos y media. Me pareció extraño que no hubiera llegado nadie. Le pregunté al vigilante y me mostró el salón, pero ni la profesora ni los asistentes se veían por ahí. Me sentí fuera de base y me dispuse a retirarme, cuando una voz interior me dijo: ¡Quédese! A los pocos minutos llegó Olga Lucía Echeverry, la tallerista, y sentí que estaba en el lugar correcto. De inmediato hubo una conexión muy especial con ella, que entre agitada y sonriente presentaba disculpas por haber llegado tarde.

Olguita, como cariñosamente le decimos, es poeta y periodista cultural con formación en Filosofía y letras; dirige el programa radial

Los trabajos y los días en la emisora cultural de la Universidad Nacional, y ha sido ganadora de varios concursos de poesía. Sobre todo, posee un extraordinario don de gentes. En sus talleres leíamos y escribíamos mucho porque las actividades eran muy dinámicas y pasábamos por distintos géneros: poesía, novela, cuento... Leímos *Simón el mago* de Tomás Carrasquilla, *Adentro, una hiena* de José Libardo Porras, *Itinerario de afinidades* de Mario Escobar Velásquez, *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince, *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonnet, y muchos otros libros de autores colombianos. Lo mejor fue que gracias a este espacio pudimos conocer en persona a varios escritores y preguntarles por su vida y obra.

Desde el primer día en que asistí al taller comencé a anotar, muy juiciosa, todos los ejercicios que Olguita nos proponía. La primera actividad fue escribir tres acrósticos: uno referente a la familia, otro con los

nombres y apellidos de la madre y otro con los del padre. Me sentí muy cómoda yendo allí porque, a pesar de que era un grupo heterogéneo, donde había jóvenes, universitarios, amas de casa y pensionados, todos teníamos ganas de aprender, escribir y materializar un sueño. Entre mis compañeros estaban, por ejemplo, Guillermo González, un lector tan espontáneo y alegre que parecía más joven; Carlos Álvarez, que con sus lecturas en voz alta nos transportaba a los escenarios de las obras; la mexicana Laura Sol y la venezolana doña Nelly, ambas con muchas historias de vida y motivos para migrar a Colombia. Rápidamente comprendí que escribir no es fácil; requiere entrenamiento, disciplina y ganas de decir algo, y yo estaba dispuesta a aceptar el reto.

Para promover la escritura creativa, la profesora utilizaba varias herramientas. Una de ellas era la bolsita de palabras, que consistía en poner en una bolsa varias palabras,

sacarlas al azar y escribir con ellas un cuento, un poema o un relato corto. También nos ponía ejercicios de exploración a partir de algún verso, como aquel de Piedad Bonnett: “No hay cicatriz, por brutal que parezca, que no encierre belleza”, del que salió mi poema *Quejido*, con el que participé en un Encuentro de Poetas de Comfenalco. Había otros ejercicios más difíciles, como escribir un texto sin utilizar la palabra *que*; o uno muy divertido que consistía en describir una fruta sin nombrarla. El que más me gustó fue uno en el que teníamos que escoger un autor y escribirle una carta. Yo elegí a la escritora Alice Munro, premio nobel de literatura en 2013 y maestra del relato corto.

No faltaban las dificultades, claro, sobre todo de espacio. La biblioteca no tenía un lugar definido para el taller, por lo que pasamos por la Unidad de Vida Articulada y luego por un salón por los lados del Parque Juanes de la Paz. Sin embargo, lo más

importante nunca se perdió: la calidez del grupo y las ganas de escribir. A Olguita le debo toda mi gratitud porque fue por ella y su taller que volví a las letras.

Cada vez más picados por el vicio lector, varios del taller comenzamos a asistir los sábados al club de lectura Aquileo, en la misma biblioteca, con el acompañamiento del promotor Luis Carlos Velásquez. En el club leímos autores como Carlos Mario Garcés, Frank Báez, Mario Mendoza y Víctor Gaviria. También escribíamos. En uno de los ejercicios, a partir de un verso de Frank Báez: “Un día de estos serás un cadáver y no podrás escribir más poemas”, escribí *Muriente*:

Antes de morir
quisiera entender la vida
para no sucumbir en arrepentimientos.
Escribirla con tinta mojada
sin manchar el papel.
Ser amiga del viento y confidente de la luna,

oxigenar el alma con cada amanecer,
navegar entre las nubes hasta volverme
[invisible
y cuando mi cuerpo flote
en el vacío,
alejarme lentamente nadando
en el océano de la eternidad.
Entonces ese día seré humo.

Este y otros tres poemas me los publicó la biblioteca en el Encuentro de Poetas de 2020. Aunque fue gratificante para mí que me publicaran, como estábamos en medio de la pandemia no pudimos imprimir el libro y no hubo presentación. Nos tocó conformarnos con el PDF. La cuarentena también nos obligó a suspender el taller de escritura y a seguir con el club de lectura desde la virtualidad. Recuerdo que leímos *La peste* de Albert Camus, un libro que, lejos de angustiarnos, nos llevó a pensar que nada es para siempre, y que

así como había empezado, la pandemia también terminaría. Y así fue.

Hoy, después de nueve años de aprendizaje gracias a la biblioteca, he podido enfocarme y encontrar cuáles son los géneros que más me gustan, que son la novela y el cuento. He podido soñar y crecer al lado de personas que se mueven con libertad entre la poesía, el cuento, la crónica, e incluso la novela. He hallado un rincón para el eterno retorno literario. Yo, que estuve años sin escribir, descubrí en este espacio que la literatura siempre te recibe con los brazos abiertos.

Odila Yepes Gallego (Barbosa, 1957). Analista técnica en seguros y secretaria comercial. En 2022 participó en el Encuentro de Poetas de Comfenalco. Su papá, que viajaba por toda Antioquia, llegaba a casa a contar historias de cosas que le sucedían, mitad realidad y mitad ficción. La maravillosa sensación que le producían estas narraciones le hizo querer hacer lo mismo.

Aquí ya hay algo de ánimo

Manuela Paniagua

Llegué y no entendí el lugar. Seguí por no dejar. Entré y vi todo tan nuevo. Sí, era bonito, ordenado, limpio, pero sin espíritu. Olía a plástico y a papel. Empecé a sentir gotas en la frente, los senos y la espalda. Otra biblioteca sin aire, Dios mío. Estaba decidida a irme cuando detallé las estanterías. Había varios ejemplares del mismo libro. Qué raro. Si cuento cuántos títulos hay en total, no son ni cincuenta. Tengo más libros en mi casa. ¿Mi casa es ahora una biblioteca? Se me escapó una risita. Seguí caminando. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once ejemplares de *La insoportable levedad del ser*. Recordé que mi

profesor de música hablaba sobre el vértigo refiriéndose a ese libro: “No, el vértigo no es el miedo a la caída, es la profundidad que nos atrae”. Y a mí me parecía el profesor más interesante del mundo. ¡Qué tontería ese lugar común! Recordé las veces en que leí fragmentos de ese libro a mis amantes, como advirtiéndoles. Volví a los libros que tenía enfrente. ¿Para qué tanto de lo mismo?

“Esta es una biblioteca especializada en literatura. Hay tantos ejemplares de un mismo libro porque son para los clubes de lectura”. Lo escuché de una voz monótona, casi automatizada, de mujer. No me había dado cuenta de que mi pensamiento había salido por mi boca. La voz me turbó, y recordé a lo que había ido a ese lugar.

—¿Hay talleres de escritura?—pregunté.

—Sí. Son los sábados. Escribe aquí tu número y te damos toda la información—dijo la mujer del escritorio con el interés

de alguien que trabaja obligado por las circunstancias, quiero decir, alguien que es completamente partícipe de su destino.

Nunca había visto un rostro que encajara tanto con una voz.

Después de eso nunca llamaron ni escribieron. Lo había olvidado porque estaba enredada en mi vida y quería seguir así. Estaba internada en mi casa, mostrándome a otros. Y los otros podían opinar sobre mí porque yo se los permitía. Eso hacía siempre y eso hacía con todos. Caminaba con la necesidad de que me conocieran completa, de que no se perdieran nada. Aun así los demás me seguían viendo a medias porque siempre hay algo que se escapa.

Regresé a aquel lugar para saber si ya había algo de ánimo. Vi sentada a una persona que despreciaba y pensé que eso ya le daba espíritu. Lo había visto en los pasillos de Comunicaciones y, aunque nunca había hablado con él, su apariencia era suficiente

para aborrecerlo. No hablo de fealdad, que la tenía, sino de un cuerpo que muestra una vida demasiado seria.

—¿Hay talleres de escritura? —pregunté casi enfrentándolo.

—Sí, claro. Los sábados por las tardes. Escribe aquí tu número y te damos toda la información —me lo dijo con una amabilidad que no esperaba y, por lo mismo, me resultó molesta, como si tuviera que devolverla, y no quería. Volví a dar el número.

Quisiera decir que me quedé pensando en si aquel tipo me había reconocido. Pero era tan minúsculo que lo olvidé casi al salir.

Esta vez sí escribieron. Escribió él. Me agregó a un grupo de WhatsApp, con lo que detesto los grupos.

El sábado siguiente fui al taller de escritura.

Lo que quería ver era a los hombres. No les confesé que mi única razón para ir a un taller de escritura era buscar el amor. Y el amor eran los hombres. Los quise buscar

ahí porque conocía sus egos, y yo lo que buscaba era un amor tormentoso, de esos en los que nunca estás segura de si el otro te quiere. Así podía olvidarme de mí y perderme en ellos. ¡Tanto que soñaba con el martirio por esos tiempos!

Vi que eran pocos: uno delgado, alto, con una mirada en la que asomaba algo de tormento; otro barbado, calvo, con la mirada perdida; el tercero, un señor. No me gustan los señores.

El profesor propuso el primer ejercicio de escritura: contarle una historia a un compañero. No recuerdo bien la premisa. Elegí al barbado calvo. Mi historia era sobre una vez que fui con un hombre a un evento de poesía. No suelen gustarme ese tipo de eventos porque la gente no sabe leer poesía y le pone ese sonsonete insoportable y posudo para parecer intelectual. Nada más lejano: para leer poesía en voz alta hay que conocerse, entender la cadencia de tu

propia voz y darte a otros. También hay que actuar, pero debes entender qué personaje eres. El que organizaba el evento lo sabía, y por eso pude disfrutarlo. Mientras estaba con aquel hombre y lo besaba y lo manoseaba, pensaba en otro con el que me iba a ver después. El otro me interesaba más porque era actor, sabía que de ese me podía enamorar. Me vi con el actor y pasé una noche encantadora que no se volvió a repetir.

El barbado calvo tenía que escribir una historia basada en lo que le había contado. Tampoco recuerdo cómo fue, pero seguro no fue buena. Se terminó el taller. Quise invitarlo a tomar un café y besarlo, pero él ya estaba hablando con los otros. Salí casi corriendo.

Al sábado siguiente volví.

—¿Ustedes son escritores de mapa o de brújula? —preguntó el profesor.

—De brújula —dije—. No veo la necesidad de saber cada cosa que van a hacer

los personajes. Creo que eso es un rasgo de psicópatas.

—Justamente es lo que yo hago —me interrumpió una.

—Puede que lo seas —dije.

Los demás se quedaron en silencio y yo solté una carcajada.

—Es broma —aclaré—. A mí me gusta escribir lo que se va presentando, lo que me muestra el instante, incluso con lo que se escapa.

Vi que al calvito le gustó lo que dije y lo miré con deseo. Al terminar el taller me preguntó si quería unirme a ellos; iban a ir a una cafetería que quedaba cerca. Pensé que podía soportar a los otros con tal de besarlo y enamorarme.

Al llegar el aire se sentía raro. Distinto. El más anciano del grupo empezó a hablar de la primera, la segunda y la tercera persona, y uno a uno nos empezamos a unir con nuestras opiniones. ¿Cuál nos parecía mejor?

Cada uno defendía con ímpetu su punto. Una voz apagaba otra y luego aparecía una diferente. Después silencio. Después suspiros. Luego hablamos de las editoriales. De aprender a escribir. De cómo es la voz de un niño en una historia. De libros. De autores. De otros cursos. De malos profes. Y mientras eso pasaba, yo sentía que mi alma se iba llenando, y quería saber más y hablar más y escribir más. No me volví a acordar del hombre al que quería besar, y pensé: aquí ya hay algo de ánimo.

Manuela Paniagua (Medellín, 1990). Licenciada en Teatro de la Universidad de Antioquia. Especialista en Literatura de la Universidad Pontificia Bolivariana. Ganadora del concurso Colombia, territorio de historias, 2022, en la categoría cuento. Ver la obra de teatro *La mujer de las rosas*, del grupo La Hora 25, la llevó a escribir y a representar historias.

Un barrio en el mundo

Antonia Tamayo

Lo que más me gusta de que se vaya la luz en mi casa es escuchar a mi abuela contar historias de su infancia. Solamente ella y yo, en la cama de madera que lleva años en la misma habitación, junto a la lámpara caperuza que consiguió hace no mucho tiempo y que presume como su tesoro máspreciado. Me atrevo a decir que esa lámpara es su objeto preferido de la casa justamente porque le recuerda a su infancia. Qué ironía decir eso, pues que se vaya la luz acá solo significa una cosa: no hay plata.

Para los que vivimos en barrios populares esto ya es normal. Casi nunca podemos tenerlo todo al mismo tiempo. Pero la

gente, la cuadra y todo lo que pasa adentro es nuestro consuelo. A falta de electricidad, y sin el estruendo de las canciones reproducidas por los bafles de los vecinos, mi abuela empieza a repasar las historias de terror que su mamá le contaba; historias típicas para la mayoría de los habitantes de aquí: muchas brujas, muchos duendes, muchas almas perdidas, en especial las de los familiares muertos, sobre los que se dice, no sé por qué, que no pudieron descansar en paz.

De espanto en espanto llegamos a la historia que nunca puede faltar, y que ya he escuchado más de quince veces: la del barrio. Me cuenta que llegó al Alfonso López cuando tenía siete años, y aunque las dos sabemos hace cuántos años fue, siempre me pide que le haga la cuenta otra vez. Hace 61 años exactamente, cuando en la cuadra a duras penas había seis casas construidas y todo eran montones de tierra, y en la casa a lo sumo había un cuarto

para su papá, su mamá y sus tres hermanos y debían dormir juntos.

No había agua, tampoco luz, y todos los días tenían que bajar casi siete cuadras con canecas y ollas para que el carro del agua se las llenara. Pero el agua nunca alcanzaba, entonces lavaban la ropa en la quebrada que desde que tengo memoria está sucia pero en ese tiempo todavía era limpia. Tampoco había escuelas, y por eso los pocos niños de la cuadra estudiaban en una casa del barrio a la que iba un profesor contratado por el gobierno. Los sábados, los señores del barrio unían fuerzas para sacar tierra y construir más casas. La iglesia San Fernando Rey era una chocita no muy grande empotrada en una colina de arena y tierra, y mi abuela, sus hermanos y sus papás tenían que ir a rezar los fines de semana con una boina o un manto en la cabeza.

Cuando la historia va en este punto, sé que estamos por llegar a mi parte favorita.

Mi abuela esculca entre sus recuerdos y me cuenta que su pasatiempo favorito era bailar cumbia, pero que casi ni tenía tiempo para dedicarse a eso. De niña jugaba a la pelota, chucha o escondidijo, aunque no le gustaba que no la dejaran esconderse a más de dos cuadras de la casa, y eso que a veces se rebelaba y se iba mucho más arriba. Tampoco le gustaba la regla que le ponían sus papás cada que salía de no llegar sucia, pues los mejores escondites exigían tirarse al suelo y mancharse.

Ahí es cuando la abuela sonrío y dice: “lo mejor era hacer todo eso mientras de fondo sonaban bambucos y cumbias”. Y justo en ese momento se para de la cama y empieza a cantar: “Ahí vieneee la negra Celiina, ¡sí!, la más cumbiambera. Ay, toquen la cumbia ya, préndanle la vela, que esta noche se amanece bailando la neeegra”. Al ver su alegría, me paro a bailar y a cantar con ella, porque sé que esos serán por siempre mis

mejores recuerdos. Y entonces vuelve la luz y cada una vuelve a lo suyo.

Yo vivo acá desde que nací, hace catorce años: en el mismo barrio, en la misma cuadra, en la misma casa. Solo que ahora hay veintinueve casas construidas, quince al frente y catorce en la acera mía, todas con segundos pisos, e incluso algunas con tres o cuatro. A diferencia de hace años, las calles están pavimentadas pero llenas de huecos, y hay tantas cuadras y casas hacia arriba que se vuelven incontables. Aunque cada casa tiene luz y agua, en la mayoría las cortan cuando las cosas están mal económicamente.

En el barrio hay dos colegios y la educación es para casi todos. Estudiamos desde las seis de la mañana hasta las doce, y los que estamos en media técnica, como yo, seguimos de una a cinco de la tarde. La iglesia queda en la esquina de la cuadra de arriba, y aunque antes me hacían ir los sábados

a misa, y hasta llegué a ser acólita, ahora no voy porque afortunadamente ya tengo la opción de pensar diferente a como piensan mis papás.

Mis pasatiempos favoritos son leer y jugar fútbol. Antes, cuando era más pequeña y salía con mis amigos y mis primos después del colegio, los juegos eran muchos: chucha escondidijo, cuchacogida, policías y ladrones... Y boy: escribíamos en la calle el apodo de cada participante, uno debajo del otro, en orden de mayor a menor edad, con tizas o, cuando no teníamos plata para comprarlas, con pedazos de ladrillo; luego tirábamos esa misma piedra o tiza, y al desafortunado al que le caía en el alias le tocaba ir por el balón mientras los otros corríamos hacia la esquina de abajo buscando los postes, que eran los “tapo”, los espacios seguros; podíamos jugar en todos los postes de la cuadra, no como la abuela que solo podía elegir un par. El que llevaba

el balón tenía que intentar “poncharnos” cuando pasábamos de un poste al otro.

Así como mi abuela hubiera querido tener más tiempo para bailar cumbia, yo quiero tener más tiempo para jugar fútbol. No hay partidos como los nuestros, los del barrio. Jugamos en calles donde los arcos son piedras que tenemos que mover cada que pasa un carro, donde el dueño del balón es el que decide cuándo se acababa el partido (normalmente es cuando lo entran porque está tarde o tiene que hacer las tareas), donde los más gorditos o los más malos son los arqueros, donde un gol polémico se decide con “gol o penal”, donde los dos mejores son los capitanes y eligen los equipos (porque si juegan juntos ese equipo queda recargado y no es justo para los demás), donde lo peor que nos puede pasar es que nos escojan de últimos porque eso quiere decir que somos los más malos, donde el partido puede ir 15 a 0

pero el ganador siempre se decide con la famosa frase “el que haga gol, gana”; donde se escucha de fondo música popular, tango, reguetón, rap y mucha salsa; pero, sobre todo, donde somos tan felices que cualquiera que lea esto y lo haya vivido lo recordará con una sonrisa.

Estas son las historias que he vivido y escuchado. Siempre, desde que tengo memoria, cuando en las reuniones familiares contaban estas y otras anécdotas, yo prefería sentarme a escucharlas que salir a jugar con mis primos. Como con la abuela los días sin luz. Más de una vez me han dicho que estoy desperdiciando mi juventud. Yo no creo. Si me lo preguntaran, diría que la razón por la que me gusta escuchar historias es porque disfruto pensar en maneras de embellecerlas e inmortalizarlas por medio de la escritura, para conservar la memoria y las fantasías de mis abuelos, de mis padres, de mis tíos y de mis amigos.

Escribo lo que soy, lo que hicieron en mí las historias, porque gozo ser de donde soy y de venir de quienes vengo. Y no me escondo ni me avergüenzo. Es lo que somos. Venimos de hogares rotos, pero también de abuelas llenas de historias y bailes de cumbia. Aunque para muchos el éxito sea salir de acá, para nosotros los del barrio es quedarnos y ganar las batallas que nuestros padres perdieron. Es cambiar esa idea de que el barrio es solo rudeza, droga, pillos y muertos, porque también es hogar, amabilidad, comunidad, sancochadas, frijoladas, marranadas, diciembres, bibliotecas comunitarias, y este lenguaje esquinero que solo nosotros podemos entender.

Escribo entonces para sentir que tengo un lugar en el mundo.

Y es este: mi barrio.

Antonia Tamayo (Medellín, 2008). Estudiante del grado décimo en la Institución Educativa Dinamarca del barrio Francisco Antonio Zea. Llegó a la final de Nabe 2023, el torneo literario de Cosmoteca Lapiloto, proyecto de biblioteca digital de la Biblioteca Pública Piloto. La primera vez que entró a la biblioteca de su colegio se encontró con un ejemplar de *El Principito*, y desde entonces supo que leer sería su hábito más dulce.



Esta publicación es fruto de la estrategia Medellín te LEO: Un jardín de historias, realizada por la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín y Comfenalco Antioquia para narrar cómo se viven las experiencias de LEO en la cotidianidad.

Medellín, Colombia, 2024

Una publicación de:

Comfenalco
Antioquia

PCLEO
En Medellín
tenemos *la palabra*


Alcaldía de Medellín
Ciencia, Tecnología e Innovación

Vigilado Supersubsidido

Una publicación de:

Comfénalco
Antioquia

PCLEO
...
En Medellín
tenemos *la palabra*



Alcaldía de Medellín
Oficina de
Ciencia, Tecnología e Innovación